



*Historias de
migrantes:
Entre sueños y retornos*



HISTORIAS DE MIGRANTES:

Entre sueños y retornos



SECRETARÍA DE ESTADO
DE MIGRACIONES
DIRECCIÓN GENERAL DE INCLUSIÓN
Y ATENCIÓN HUMANITARIA



UNIÓN EUROPEA
FONDO DE ASILO,
MIGRACIÓN E INTEGRACIÓN
Por una Europa plural



HISTORIAS DE MIGRANTES:

Entre sueños y retornos

Madrid, 2021

Esta obra ha sido financiada por el Fondo de Asilo, Migración e Integración y el Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones de España.

©AESCO, 2021

Calle Fornillos 4

28026 Madrid

www.ong-aesco.org

ISBN: 978-84-09-30567-4

Investigación y redacción de las historias

Mino Fernando Chicangana Bayona

Fotografía

Eduardo León

Maquetación

Marta Cejudo

ÍNDICE



PRÓLOGO	6
INTRODUCCIÓN	8
ANA	13
BELISARIO	22
CRISTINA	29
EUGENIO Y SU FAMILIA	36
JASÓN	44
SILVANA	50
FRANCISCO	59
PAULA Y NEREA	66

PRÓLOGO



La obra *Historia de Migrantes: entre sueños y retornos* está conformada por ocho experiencias de vida de personas que han hecho parte de los programas de Retorno Voluntario Asistido y Productivo que subvenciona el Fondo de Asilo, Migración e Integración –FAMI– y el Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones. A partir de esta selección hemos querido confeccionar una serie de relatos que muestre la realidad y las adversidades por la que muchos inmigrantes procedentes de América latina pasan en su periplo por España, buscando sensibilizar a quienes están implicados en este fenómeno, desde la administración pública y las entidades del tercer sector hasta la sociedad en general, a través de la comprensión y el conocimiento de las dinámicas y los procesos que cada migrante experimenta.

Durante los trece años que el programa lleva ejecutándose ininterrumpidamente en AESCO, hemos atendido cientos de solicitudes de personas que se encontraban en situación de precariedad y vulnerabilidad social. Estas experiencias particulares y las situaciones extremas que vivieron, fueron el impulso para elaborar esta obra que pretende sacar a la luz, bajo el anonimato de sus protagonistas, las difíciles condiciones que pasan muchos de los beneficiarios y beneficiarias, que en su momento, emprendieron el sueño de buscar su futuro en otro país. Son ellos el motivo que nos impulsa a transmitir estas historias, las cuales buscan concienciar y empatizar con las distintas dinámicas de la migración y los riesgos que asumen al iniciar este viaje vital.

Las historias que se presentan a continuación, abordan la complejidad y la diversidad existente en el fenómeno migratorio, los diferentes procesos que intervienen en cada experiencia, tanto en la emigración desde el país de origen, como la inmigración en la sociedad de acogida, y su posterior regreso; con ello, se trata además de entender cómo las situaciones que influyen en cada decisión migratoria tienen un carácter multidimensional e interdependiente, relacionadas con las dinámicas estructurales de los países de origen y destino en cuanto a las condiciones sociales, las oportunidades laborales y económicas, las realidades políticas y sanitarias, pero también con los procesos individuales, familiares y emocionales

de aquellos que decidieron emprender este periplo.

Esperamos que la obra pueda contribuir a la sensibilización de este fenómeno, pues más allá de las frías cifras y las estadísticas asociadas a la dinámica del retorno, la compilación de estas historias muestra realidades, tragedias y vivencias por las que atraviesan las personas que deciden regresar a su país de origen, todo ello desde una perspectiva humana, que en numerosos casos, no es tenida en cuenta en las decisiones políticas de los países implicados.

Rosa Yolanda Villavicencio Mapy
Presidenta de AESCO
Madrid, mayo 2021

INTRODUCCIÓN



Esta serie de relatos sobre personas retornadas no intenta incentivar el retorno, ni tampoco quiere estigmatizar la migración de personas procedentes de economías emergentes. Su pretensión es mostrar las circunstancias que han vivido algunos de los beneficiarios del programa Retorno Voluntario de AESCO, que, en su periplo por España, han luchado por abrirse paso en la sociedad de destino con ingentes sacrificios pero que lastimosamente no han conseguido el éxito migratorio.

Son las trayectorias de personas que estuvieron dispuestas a salir de sus países y que a su vuelta, conservaron en silencio las cicatrices de sus derrotas. Estos relatos son los recuerdos de sus sueños y de su tragedia. Historias que intentan dibujar los distintos rostros de un ciclo que comienza en el país de origen lleno de ilusión y esperanza, para luego transformarse en el país de destino en una lucha de resistencia al dolor y de fidelidad a los sueños. Finalmente, el ciclo llega a su fin con la claudicación del sueño y el deseo de volver al país de los suyos. Un viaje de ida y vuelta que para algunos puede ser en un lapso de 5 meses, y en otros de 15 años. Unos hicieron familia en España y vivieron sus mejores épocas y otros vinieron con su familia en busca de posibilidades. Pero todas estas historias siguieron el mismo ciclo: ida y vuelta.

La ida en el migrante es el sacrificio y a la vez, el sueño. El futuro que concibe cada migrante con la partida a nuevas tierras tiene un precio: abandonar el mundo conocido. Amigos, familia, hábitos, pertenencias, todo. Es renunciar a lo conocido para triunfar sobre lo desconocido. Es un salto al vacío que hace cada migrante en busca del éxito que han tenido otros. Y se cuentan historias sobre las trayectorias prosperas, pero se guarda silencio sobre las que se extinguieron en el fracaso.

El mito de la prosperidad que alimentan los propios migrantes maquilla el rostro descarnado y visceral de la realidad. Aquellos que experimentan padecimientos y necesidades en el periplo quedan confinados en el silencio. Nadie quiere ser el protagonista de un relato que se convierte en la antítesis del mito y que se recrea en los confines del paraíso, en los subrepticios derroteros de la derrota y de la amargura.

Cada migrante decide por convicción apropiarse del mito de la prosperidad y convive con éste durante el ciclo de la travesía. En la etapa de la ida, el mito se muestra como el futuro que se anhela: tener una casa, ganar dinero, ahorrar, pagar

deudas, estudiar, etc. El mito puede tener mil caras, pero una misma finalidad: es el lugar en el que el migrante sitúa la culminación de sus actos, su estado de prosperidad. Así, el tiempo del migrante se presenta de forma regresiva, no va hacia adelante sino hacia atrás, todos los actos del migrante van encaminados a acercarse al evento por el que ha sido capaz de abandonar su anterior vida.

Ningún migrante sabe cuál es el camino más corto hacia su sueño, y aquí aparece la disparidad de trayectorias. Algunos logran con celeridad lo que se proponen, incluso superan sus expectativas y construyen nuevas metas en el país de destino. Son los migrantes exitosos. Sobre ellos se tejen relatos, historias de éxito que alimentan los sueños de los nóveles viajeros. Son iconos que ante la adversidad de un entorno hostil encontraron las herramientas para levantar una vida exitosa. Cada una de estas historias de migrantes transmite la misma enseñanza: el éxito se levanta a partir del sacrificio y la voluntad. Solo hace falta querer lo suficientemente algo para que cada acto se encamine a la realización de esa meta.

En las historias de migrantes exitosos el mito se convierte en idealidad e inspiración para el nuevo migrante, aquel que dice que cada persona puede construirse a sí misma, que no necesita más que su voluntad para sobreponerse a la adversidad. Es el mito que apela a la voluntad como fuerza reformadora de la realidad. Cada historia de éxito alimenta el mito de la prosperidad, y todas inician y acaban con los migrantes, tanto aquellos que han prosperado como los que no lo han hecho. Todos necesitan propagar el mito. Aquellos que realizaron sus sueños desean dar testimonio de su hazaña, de su sacrificio, que su voluntad y deseo de superación se sobrepusieron a la adversidad. Y aquellos que no han conseguido una trayectoria exitosa y continúan su periplo con más obstáculos que avances, necesitan personificarse en el mito a ojos de los que abandonaron, de lo contrario, mostrarán que su partida y su sacrificio ha sido en vano.

Esta clase de migrantes que no han podido realizar sus sueños, comienzan a sentir nostalgia de lo que dejaron atrás. Entonces, invitan a familiares y amigos para que los acompañen en la aventura, y utilizan el mito con sus promesas de prosperidad como carta de presentación. Su esperanza, es que con la llegada de familiares y amigos a la aventura, se revierta la situación que viven en el país de destino. Y así, el mito del migrante próspero se mantiene vigente, y los que lleguen serán los nuevos depositarios del mito, pues nadie quiere ser protagonista de experiencias desagradables. Hacia el país de origen, hacia los suyos, ser migrante debe ser sinónimo de prosperidad.

Sin embargo, los hay también que han tenido que renunciar al mito de la prosperidad y repudiarlo en silencio. Son aquellos que han retornado en condiciones difíciles y que han vivido situaciones inimaginables en el país de destino. Esas personas no han experimentado ni un ápice de la idealidad. La voluntad que se remarca en las historias de éxito para conseguir sus metas, ha sido en estos migrantes la agonía de un dolor interminable que solo ha encontrado fin con el retorno. Los pasos firmes hacia su sueño no han existido. Desde que pisaron el suelo de su nuevo país percibieron cómo sus pies se hundían sin posibilidad avance. Su voluntad ha sido estrujada, pisoteada y vilipendiada por las estructuras de la sociedad a la que arribaron. No solo no han podido sobreponerse, sino que les han quitado su dignidad, su autoestima y sus deseos de vivir y de soñar. Se sienten culpables de lo que han hecho, inútiles ante su destino y expulsados del mundo.

Y toda esta vorágine está tejida con el silencio de la vergüenza, pues aún en ellos transpira un genuino amor propio que les impide, en muchas ocasiones, contar su tragedia a familiares y amigos y ser centro de la antítesis del mito. Son esos migrantes, los rostros que reflejan el cansancio y la resignación. Cada día de su periplo constataron que son prescindibles, que habitaban en una sociedad que no los necesita y que los ignora. Su talento, sus habilidades, su experiencia y sus ganas, son simplemente superfluas. Viven a las afueras de un mundo que no les permite ingresar.

Antes de viajar sentían ansiedad por el nuevo mundo en el que vivirían: la comida, los hábitos, los horarios, el transporte y un sinnúmero de cosas que se imaginaban como niños prestos a vivir una nueva aventura. Inmersos en el mito, soñaban.

Pero la realidad de su periplo es que no han podido vivir en ese mundo que han visto a su llegada. Han descubierto que hay dos realidades: una para los que tienen pleno derecho a disfrutar de las posibilidades que ofrece ese mundo y en el que, con toda seguridad, surgió el mito del migrante próspero; y otra, que tiene escasas oportunidades y resulta difícil permanecer, en este mundo solo se encuentran las personas que esperan con estoicismo poder ir al otro, pues en éste que habitan desde que llegaron, solo han recogido malas experiencias, frustración y amargura. Tan oscuro y desolador resulta, que el país que dejaron se les muestra como un paraíso radiante y esplendoroso, casi perfecto.

Y todos llegan con la misma idea, esperar la oportunidad para transitar de un mundo a otro. Se cuentan historias de migrantes que lo han hecho, historias de otros tiempos. La esperanza. Todos se aferran a la búsqueda de un camino, de un

túnel que les permita cambiar de realidad. Y buscan en el desierto de la irregularidad, sin éxito. Cuanto más tiempo se pasa allí, más se acumulan las heridas. Hay conflictos, pérdidas, engaños, enfermedades y precariedad. Aquellos migrantes que lo habitan sienten vergüenza de su debilidad, de su deseo de abandonar y retornar; pero es que el dolor es tan fuerte, que los deseos de acabar con ese infierno y volver con los suyos, son más fuertes que la vergüenza.

El mito para estos migrantes resulta en una mentira, y si no lo es, por lo menos han descubierto que los testimonios de éxito tienen verdades que no se cuentan. Estas personas que han vivido el fracaso migratorio, también perciben que no son los únicos, sino que muchos de ellos pasan por las mismas dificultades que el mito no cuenta. Todos recorren una espiral de caída en la que no se pueden ayudar, intentarlo es hundirse más rápido. Los habitantes de este mundo sin oportunidades, en su mayoría son migrantes que buscan recursos para comprar tiempo que les permita encontrar el camino hacia el paraíso, para algunos es la regularización de su situación administrativa, para otros es la obtención de un trabajo formal. Aquellos que logran llegar al mundo de las oportunidades, que son muy pocos, lavarán sus heridas con el mito y contarán su historia con la dignidad que sienten por su voluntad de perseverar. Para los otros, que son la mayoría, el tiempo se extinguirá y emprenderán, por medio de ayudas de instituciones o de familiares, el camino de vuelta hacia su origen, paradójicamente, con conatos de alegría por poner fin a su pesadilla. Guardarán silencio sobre sus heridas e intentarán curarlas en el lugar en el que fueron, aún con necesidades, felices. Estos protagonistas silenciosos son los que pueden mostrar el mundo del que nadie le apetece hablar, al que le escasean las oportunidades, el de las periferias, que cada día ve el mundo de las oportunidades pero no lo puede experimentar. Esa es la cara opuesta del migrante prospero, en el que la voluntad y el deseo de superación resultan insuficientes para sobrevivir en el país de destino, el que a golpes de realidad, se le derriba el mito. Ellos son los protagonistas de estas historias.

El retorno es la decisión que cierra el ciclo. En algunos casos se vuelve la única vía, en otros, es la realización de un deseo. Pero para todos representa el desafío de comenzar de nuevo. Los que retornan después de tantos años en el país de destino, son los ciudadanos de ningún sitio, pues no lo son en origen porque muchos de sus hábitos se perdieron en el país de destino, y tampoco lo son en destino porque abandonan el que fue su hogar para volver a su lugar de origen. Son extranjeros en ambos extremos, una condición que intentan abandonar pero que las circunstancias

de sus vidas les obligan a llevar.

Hay una mezcla de valentía y temeridad en el retornado que se repone a la caída de sus proyectos vitales y se sumerge en entornos desconocidos para revivirlos. Algunos lo han conseguido, sea en destino o en origen, otros en cambio, como los protagonistas de estas historias, lo siguen buscando.

A woman and a young child are shown in profile, looking towards the left. The woman is in the upper half, and the child is in the lower half. The image is overlaid with large, colorful geometric shapes: a teal triangle in the top left, a purple triangle in the top right, a blue triangle in the bottom right, and an orange triangle in the bottom left. The word "ANNA" is written in a white, elegant script font across the center of the image.

ANNA

Ana llegó a España en 2003 y durante su estadía tuvo dos hijos, Sergio y Mario. Durante un tiempo Ana fue feliz en España. Su historia es como la de muchos inmigrantes, una mezcla de buenos y malos tiempos, de metas alcanzadas y de sueños rotos.

Buena parte de su vida la vivió en Colombia, en Ibagué, allí conoció al que sería su esposo, Arturo. Se conocieron en la universidad estudiando administración de empresas. En aquella época —a finales de la década de los 90— la pareja escuchaba de gente que migraba al extranjero —a Europa o Norteamérica— y ganaban tanto dinero que les daba para enviar a sus familias. Muchos fueron los que empezaron a migrar. Pero ni Ana ni Arturo se planteaban entonces esa aventura, eran jóvenes, recién graduados y con ganas de prosperar en su ciudad. Pero la vida en Colombia es dura y pronto las ilusiones profesionales y económicas se esfumaron entre los contratos temporales, y los salarios precarios.

La pareja apenas conseguía vivir en un pequeño piso de 30 metros cuadrados ubicado en la periferia de la ciudad. Ella trabajaba como administrativa en una pequeña cooperativa que comercializaba con aceite, y él, era conductor en una empresa de transporte de mercancía.

Con bastante esfuerzo y paciencia habían logrado equipar su piso y adquirir una pequeña moto para movilizarse. Aunque no fue una época prospera, Ana recuerda con nostalgia aquellos tiempos en los que las carencias materiales se suplían con abundancia de sueños. Querían comprar su propia casa, tener hijos y viajar en vacaciones a Santa Marta o Cartagena, y si las cosas mejoraban, a San Andrés y Providencia. Pero la realidad es que no contaban ni siquiera con la cuota inicial para comprar una casa y los bancos no les concederían un crédito. En cuanto a los viajes, no podían permitirse ir a la costa sin comprometer seriamente sus finanzas, así que en época estival tenían que conformarse, no sin poco sacrificio, con los balnearios de la región.

Tanto Ana como Arturo comprendían la disparidad que había entre sus sueños y sus posibilidades. No tenían ahorros, no ganaban mucho dinero y Arturo ni siquiera ejercía su profesión. Así que desde esa perspectiva, sus posibilidades pasaban por mantenerse a flote hasta que se presentara una oportunidad que mejorara sus condiciones económicas.

Poco a poco, Arturo se convencía que el cambio de su situación no vendría permaneciendo en Ibagué, así que una noche, le planteó a Ana que se fueran a vivir

a España. Él tenía un par de conocidos allí que le contaban que la vida era más fácil, se ganaba buen dinero para vivir cómodamente o para ahorrar y enviar a Colombia.

Llevaban tres años viviendo juntos y su situación económica y profesional no cambiaba. En Colombia no había posibilidades a corto y mediano plazo de mejorar. Y aunque los argumentos de Arturo eran convincentes, Ana no lo tenía claro. Era cierto que vivían en un estancamiento pero por otro lado, su familia, sus amigos, su espacio, todo lo que conocía se encontraba allí, en Ibagué. Irse a la aventura a España era arriesgar lo poco que habían conseguido, era empezar de nuevo, sin trabajo, sin casa, sin cosas. Luego pensaba que en su situación, poco más podían obtener si seguían en Ibagué, en cambio, viajar, podía ser la puerta para conseguir las cosas que no habían alcanzado.

Si tomaban la decisión de ir, sería por poco tiempo. Ana se dijo a sí misma que haría todo cuanto estuviera en su mano para permanecer el menor tiempo posible en España. Si viajaba, era por necesidad, por falta de oportunidades, no porque le desagradara su vida en Ibagué. Dos años, ese era el límite. Ahorrarían con esmero para poder volver en mejores condiciones de las que se iban.

En aquella época, el viaje a España no era difícil —en el año 2003— y los contactos de Arturo le procuraron a él y a Ana una oferta laboral para poder solicitar el visado sin problemas. El dinero con el que costearon los gastos del viaje y los trámites burocráticos lo consiguieron, por una parte, de la venta de sus pertenencias más valiosas, como el juego de muebles salón-comedor de su pequeño apartamento y la moto de cuatro tiempos que tenían desde hacía dos años. El resto del capital provenía de un préstamo que les había concedido un tío de Arturo, no sin reproche y desconfianza.

El más ilusionado con el viaje era Arturo que soñaba despierto con las cosas que compraría y haría en Colombia, tendría una casa en Prado, Tolima, cerca al lago, con un coche todo terreno que le estaría esperando cada año, en la misma época estival, para ser conducido como pasatiempo por su exitoso dueño.

Ana en cambio era menos entusiasta, la incertidumbre de los cambios que se venían le generaba ansiedad. Pensaba en el riesgo que estaban tomando, ir a un lugar que no conocían, con poco dinero y como único apoyo, unas personas que nunca había visto y que ni siquiera eran amigos cercanos de Arturo. Además, varios de sus amigos le desaconsejaban el viaje, pues con un poco de paciencia, las cosas mejorarían para ellos y con los años, quien sabe, sin tener que arriesgarse a salir del

país, podrían tener su propia casa.

Todos saben que la situación en Colombia nunca es fácil, la mayoría vive con lo justo, pero la gente aún con necesidades, no pierde la esperanza de que las cosas cambien. Ese optimismo anestesia la crudeza de la precariedad. Ana conocía muy bien esa sensación, ese abismo en el que el sueño no alcanzaba la realidad. Vivir de sueños sin poder realizarlos le amargaba. España era la posibilidad de hacerlos realidad. En el peor de los casos, fracasarían y hablarían con sus familiares para encontrar un modo de retornar. El riesgo merecía la pena. Además, solo serían un par de años, ambos ahorrarían tanto como pudieran y volverían a Colombia.

El día que viajaban fue muy difícil para Ana. Despedirse de su familia y sus amigos sin saber cuándo volvería a verlos fue muy doloroso. Cada vez que veía a sus padres y pensaba en que no volvería a verlos, se aterraba de lo que estaba haciendo: emprendía un viaje en el que solo tenía contemplado la ida. Si todo salía bien, pasarían como mínimo dos años antes de que volviera a verlos. Mucho tiempo.

Llegaron a Madrid en octubre de 2003. Los recogió una mujer, Elizabeth, paraguaya y amiga de Ramiro, uno de los contactos de Arturo. Los llevó a su piso, ubicado en Villaverde en la periferia de la ciudad, allí se instalaron en una habitación con cama matrimonial y en la que compartirían vivienda con ella, su hija y dos mujeres más, estas últimas solo habitaban el piso los fines de semana, cuando libraban de sus trabajos como internas, también ellas eran paraguayas. Pagarían 300€ por la habitación, mas los gastos de los servicios en torno a 50€ y un bote para la compra de cosas de aseo común de 5€.

Ana recuerda con claridad el frío y los nubarrones de aquel día, muy distinto al clima cálido de su ciudad. Le impresionó las carreteras a las afueras de la ciudad que se entrecruzaban unas a otras como una telaraña, con un asfalto negro y una pintura blanca que parecían recién puestos. El piso le pareció amplio, de tres habitaciones y con una terraza en la que se veían las calles angostas y llena de coches de distintas marcas. La habitación de ellos no era muy grande, tenía un armario, una cama y una mesa de noche con una lámpara a la que le faltaba la sombrilla. Nada destacable, pero suficiente para sus necesidades. Cada uno traía una maleta de 25 kilos. Por gentileza de Elizabeth y de su hija María de 19 años, fueron invitados a comer y a cenar, mientras que les amenizaban la tarde informándoles sobre el funcionamiento del metro, el horario, el abono, el clima y el comercio. Esa noche les costó conciliar el sueño a los dos, fueron muchos cambios, mucha información para

un solo día, no podían dejar de sentirse intranquilos, nada de lo que veían era familiar, todo era distinto, se sentían fuera de lugar. Ramiro había quedado de visitarlos al otro día para transportarlos a sus lugares de trabajo. A ella le había conseguido un puesto como camarera de piso en un hotel en la zona de la latina en Madrid. Arturo entraría como peón de construcción de una pequeña obra de reforma a las afueras de la ciudad.

Los primeros días fueron duros, a marchas forzadas se habituaron a su nuevo entorno, a los horarios, al transporte, a la comida, a la gente. Cuando se encontraban a un colombiano, sus rostros se iluminaban y se sentían más cerca de lo que habían abandonado. Su primera llamada a Colombia no estuvo tampoco exenta de esa montaña rusa de emociones que vivían. Lloraban y reían con familiares y amigos y se insuflaban de valor con cada llamada.

Los días pasaron y el miedo poco a poco se disipó con la llegada de la cotidianidad. La familiaridad de su nuevo entorno se alimentaba cada día de la constancia y el hábito. Llamar a Colombia hacía parte de esos nuevos rituales que llenaban de sentido sus vidas. Los rostros pálidos y demacrados de los primeros días de la llegada dejaron paso a una renovada vitalidad y alegría con sus primeros sueldos y los primeros envíos a Colombia. Comprar ropa o salir a comer dejaron de ser actos planificados y excepcionales para convertirse en cotidianos. Habían empezado a vivir lo que habían soñado.

Vivieron poco más de un año en el piso de Elizabeth. Pudieron ahorrar, enviaron dinero a su familia y también se dieron gustos, uno de ellos, sin embargo, fue definitivo. Los sueños iniciales de una corta estancia en España para al cabo de un tiempo volver a Colombia, quedaron desfasados con la nueva realidad económica, y los deseos de permanecer más tiempo se hicieron más fuertes.

Arturo ya no trabajaba en construcción sino como conductor de transporte de mercancía, ganaba mejor y era un oficio que conocía de su época en Colombia. Ana ya no era camarera de piso sino administrativa en una pequeña empresa de importación de productos alimenticios. En poco más de 3 años se habían casado, comprado un coche y cada fin de año viajaban de vacaciones a Colombia. La premura por volver a su ciudad y con su familia ya no parecía una decisión lógica, permanecer en España ofrecía muchas ventajas de progreso para ambos y estaban de acuerdo en que echar raíces en ese lugar era lo correcto.

Así que solo quedaba comprar un piso. Era una idea que rondaba hace tiem-

po. Casi todos sus amigos en España —en su mayoría de procedencia latinoamericana— habían comprado vivienda. No necesitaron cuota inicial y el banco, por aquella época, ofrecía facilidades para acceder al crédito.

Durante el tiempo que Ana y Arturo llevaban en España, no se habían quedado sin trabajo, ni pasado por las necesidades económicas que tuvieron en Colombia. Siempre contaron con recursos que les permitía vivir holgadamente. La situación era idílica. Salvo por los primeros días en España y la distancia a la que se encontraban de sus familias, la estancia en Madrid había superado con creces las expectativas.

Sus vidas habían cambiado, no solo a nivel económico sino a nivel personal, Ana se sentía más segura de sí misma, con una confianza y un poder de decisión que constataba con cada viaje a Colombia. Cuando llegaba a casa de sus padres era el centro de atracción, como si fuera el pilar de su familia; era la adoración de sus padres y la admiración de sus hermanos, era agasajada por amigos y conocidos, día sí y día también. Se sentía importante y era feliz. Aquellos viajes fueron sus mejores recuerdos de Colombia. Con su familia conocieron Cartagena y al año siguiente visitaron San Andrés y Providencia. Cada una de esas visitas le mostraba la distancia económica entre ella y su entorno, mientras en Colombia casi no cambiaba nada, ellos en España vivían cambios constantemente, era como si el tiempo pasara para unos muy lento y para otros muy rápido. En poco más de dos años, Ana y Arturo habían conseguido cosas que en Colombia hubiesen tardado décadas. Tenían que seguir viviendo en España.

La pareja había pensado en tener hijos, así que la vivienda era un paso necesario. Los sueños de volver a Colombia se postergaron y dejaron de ser apremiantes, aun era algo que se planteaban a futuro, pero no en el corto ni mediano plazo, su presente se encontraba en España y no había razón para apagar la máquina que hacía realidad los sueños. Un año después de comprar su piso de cómodos 87 metros cuadrados, tuvieron en el 2006 a su primer hijo, Sergio. La felicidad no hacía más que aumentar y parecía no tener límite.

Sus vidas transcurrieron sin sobresaltos y dos años después tuvieron a su segundo hijo, Mario, en la primavera de 2008.

Aquel año fue el último de la época más feliz de Ana. Hasta ese momento había tenido todo lo que había soñado, sus dos hijos, su esposo, un trabajo que le gustaba, un piso amplio y propio, dos coches y expectativas de adquirir una segunda

vivienda cerca a la playa y, por qué no, traer su familia a España. Esa fue la cúspide de su felicidad. Lo que sigue en su vida es un doloroso descenso de esa montaña.

A principios de 2009 la empresa en la que trabajaba Ana echó el cierre por falta de financiación y ella, después de 6 años de trabajo ininterrumpido pasó a engrosar las filas del paro. No se lo tomó con fatalidad. Decían que la crisis traería una época de austeridad y recortes, y ella pensó, que como todos, ellos también tendrían que apretarse el cinturón. “No pasa nada” se dijo. Arturo todavía tenía su trabajo y con ciertas restricciones podrían hacer frente a la hipoteca y a los gastos de los niños. Tenían dos coches, así que lo más sensato era vender uno. La clave era conseguir un nuevo trabajo lo más rápido posible.

Pero la crisis era especial, y el paro seguía aumentando mes a mes y cada día había más gente buscando trabajo. Ana ya no esperaba conseguir un trabajo como administrativa, le bastaba con cualquier cosa. Lo que más temía era que Arturo fuera despedido. Él también padecía ese miedo y se mostraba más huraño e irascible, seguramente presentía que ese momento llegaría. Los días felices habían dado paso a una época brumosa y gris de tristeza, reproches y amargura.

A finales del 2010 Arturo fue despedido como transportista. Ana ya no tenía paro y la situación empeoró. El poco dinero de Arturo fue utilizado para hacer frente a las cuotas retrasadas que tenían de vivienda y de los créditos de los coches que ya habían vendido. La vida iba cuesta abajo. Pronto volvieron a quedarse atrasados en la hipoteca y la cuota parecía inasumible. Se sucedían las cartas, las llamadas, las amenazas y los lloros. Arturo se volvió una sombra de lo que había sido y comenzó a beber con asiduidad. Llegaba borracho a gritarles y a culparlos.

Un día, sin avisar, recogió sus cosas y los abandonó. Según supo Ana, semanas después, se fue a Suiza a buscarse la vida con ayuda de unos amigos.

Lo lloró. Le entristecía su ausencia, pero le daba más rabia su traición al dejarla sola con los niños. Puede que por remordimiento, Arturo llamó un día a Ana y le prometió que en cuanto pudiera le enviaría dinero para ayudarle con los gastos. Pero eso nunca sucedió. La realidad es que Arturo ante la tempestad, vio a su familia como una carga difícil de llevar; y puesto a elegir optó por abandonarlos para intentar salvarse él.

Según supo Ana meses después por amigos en común, Arturo rehízo su vida con una mujer dominicana con la que tuvo una hija. Era su nueva familia, en su

nuevo país. Los años que pasaron juntos, que soñaron y construyeron, se habían esfumado en cuanto la situación económica empeoró.

En el 2012 Ana vivía aún en el piso que hacía más de un año había dejado de pagar. Tenía trabajos esporádicos de aseo doméstico. Todos mal pagados y que solo daban para cubrir los servicios y una parte de la alimentación y el transporte de sus hijos.

Como ella, muchos de sus amigos habían caído en desgracia con el tiempo, habían perdido sus trabajos y sus casas, algunos habían tomado la decisión de retornar y otros sobrevivían con ayudas de los Servicios Sociales. Ana también lo hacía. Durante los días laborales comía en un comedor social de la zona, donde en ocasiones le regalaban una pequeña ayuda de alimentos. Para cubrir los gastos escolares había conseguido la ayuda de entidades sociales que subvencionaban una parte de los gastos y el resto corría a cuenta de sus escasas entradas.

Lloraba a menudo. Sobre todo cuando pensaba cómo había pasado de tener comodidades que eran inimaginables, a vivir ahora en condiciones que eran aún peores que en Colombia. Vivía con miedo y le aterraba pensar que un día vendrían a desalojarla a ella y a sus hijos del piso.

El tiempo lo engulle todo, incluso la incertidumbre y el miedo pueden volverse costumbre y habituarse a convivir con ellos. Las lágrimas se secaron y Ana aprendió a vivir con su nueva realidad. En 2015, seis años después de su último contrato, obtuvo un trabajo temporal de seis meses y de medio tiempo para una empresa de aseo en la que ganaba 550€. Ya no vivía en el piso que antaño había comprado con Arturo. Las constantes amenazas y el miedo a quedar un día en la calle, le obligaron a vender las pocas pertenencias que conservaba y a planificar un nuevo lugar.

Dejó Madrid capital y se instaló en una habitación a las afueras de Getafe. El piso lo ocupaban 4 familias de madres solteras como ella, y eran 11 personas para 4 habitaciones y un solo baño. Por 200€ se quitaba el miedo del desalojo, aunque siempre estaría presente la posibilidad de que la echaran del piso cuando no tuviera trabajo.

Para ayudarse con los gastos, Ana se inscribió en un banco de alimentos, que le ayudaba cada mes con un pequeño mercado. Frecuentaba siempre que podía los comedores sociales y se inscribía a los programas de ayuda escolar. Las temporadas de su vida se sucedían con 6 meses de trabajo y 3 o 4 meses con subsidios de desem-

pleo. También había solicitado una ayuda estatal como persona a cargo de sus dos hijos, pero le había sido denegada por seguir casada con Arturo.

Vivía al límite, pero ya estaba acostumbrada a todo, al hacinamiento, la escasez, al dolor y a la soledad. La bocanada de oxígeno se la daban sus hijos, Sergio y Mario, que crecían llenos de una vitalidad que ella ya no tenía. Se sentía vieja y cansada, y aún no había llegado a los 40.

En el 2018 y después de varios años viviendo en habitaciones donde había tenido un sinnúmero de experiencias desagradables y algunas pocas entrañables, después de dar tumbos los últimos años intentando sobrevivir con sus hijos en una situación de perpetua pobreza tomó la decisión de retornar a Colombia.

Ya no tenía nada a lo que aferrarse, ni trabajo, ni casa, ni dinero, ni amigos. Todo se había esfumado con la crisis. Llevaba 10 años sin ir a su país. En España lo único que le quedaba eran sus hijos. En Colombia tenía a sus padres, a sus tres hermanos y a un puñado de amigos. Todo lo demás se había esfumado, el tiempo se lo había tragado. Volver era la mejor salida, era su paz.

Llevaba mucho tiempo cargando en soledad el peso de la pobreza y no tenía más fuerza. Ni siquiera para llorar. Su familia hacía años que le había pedido que volviera, pero Ana había mantenido la esperanza de que las cosas mejoraran, de encontrar un trabajo estable y reconstruir con sus hijos sobre los cimientos olvidados. Pero el tiempo le mostraba a Ana que ese sueño no sería realizable. Su estancia en España había llegado a su fin.

Gracias al programa de Retorno Voluntario pudo obtener los pasajes de vuelta para ella y sus hijos. Y Ana, en noviembre de 2018, 15 años después de haber llegado, abandonó España junto a sus dos hijos, con las manos vacías y con un puñado de recuerdos en los que se mezclaba la felicidad más auténtica con la tristeza más profunda.

A person wearing a dark, hooded jacket is walking away from the camera down a hallway. The hallway has dark walls and a carpeted floor. The image is overlaid with large, colorful geometric shapes: a purple triangle in the top left, a yellow triangle in the top right, a blue triangle in the bottom left, and a green triangle in the bottom right. The text 'BELCOSAROO' is written across the center in a white, stylized font.

BELCOSAROO

Durante la mayor parte de su vida Belisario fue fontanero. Tanto su abuelo como su padre tuvieron el mismo oficio por el que habían pasado varias generaciones de su familia.

Junto con su esposa Giselle, con la que llevaba 15 años de matrimonio, tenían dos hijos: Paulo de 13 años y Roque de 11. Vivían en Asunción, Paraguay.

El oficio de fontanero solo le daba a Belisario para subsistir, pagando el alquiler de un pequeño apartamento de dos habitaciones. El trabajo que antaño había servido a su abuelo y a su padre para sacar adelante a una familia numerosa, era insuficiente para que él pudiera dar sustento a la suya. Para llegar a fin de mes, Giselle vendía comida por encargo, un negocio que en ocasiones iba bien, cuando la contrataban para fiestas, pero que en la mayoría del tiempo subsistía con un puñado de clientes.

La pareja tenía una gran ilusión desde que se casaron: ser dueños de una casa. Era un sueño que incluso habían planificado. Primero, ahorrarían para comprar un pequeño lote a las afueras de la ciudad, en una zona poco atractiva pero donde pudieran construir sin restricciones. El siguiente paso sería erigir poco a poco la casa, algo que tomaría años. Pero Belisario contaba conocimientos de construcción y dos de sus hermanos eran maestros de obra, así que con la ayuda de ellos podría ir edificando la casa hasta que ésta fuera habitable. No era necesario que estuviera terminada, lo más importante, era que eventualmente pudieran vivir en ella y dejaran de pagar alquiler. Ya tendrían tiempo de acabarla, la meta era alcanzar algo propio que pudieran dejar a sus hijos.

Ni Giselle, ni Belisario habían crecido en casa propia, siempre habían vivido de alquiler o en casa de familiares. Esto era algo común para mucha gente en Paraguay, que al igual que ellos anhelaba con romper ese ciclo de nomadismo y conseguir un espacio propio en el que poder asentarse y echar raíces. Para Belisario y Giselle lo más difícil sería conseguir el capital para comprar el lote, era el paso en el que tendrían que reunir una cantidad ingente de dinero para echar a andar el plan. Posiblemente era lo que les tomaría más tiempo, pues tendrían que ganar el dinero suficiente para subsistir y al mismo tiempo para ahorrar.

Poco después de casarse, Giselle quedó embarazada. En camino venía Paulo y dos años más tarde llegó Roque. Durante esos primeros años los sueños de una

casa propia quedaron aparcados por el otro gran objetivo de la pareja: hacer familia. Ambos querían tener muchos hijos, pues provenían de familias numerosas y habían sido muy felices entre risas y bullicios.

Sin embargo, los gastos que tenían con Paulo y Roque echaron por el traste la idea de que la familia siguiera creciendo. Belisario descubrió que la fontanería ya no era un oficio rentable como en los tiempos de su padre y su abuelo, y que aquello no le permitiría conseguir los ahorros que necesitaban. Giselle, por su parte, se ocupaba de los niños y al tiempo, vendía comida por encargo para particulares. Las entradas de ambos solo daban para sobrevivir, aunque mantenían la esperanza, que alguno de los dos oficios despuntara y diera los recursos suficientes para empezar a ahorrar.

El tiempo transcurrió y los sueños de un lugar propio se fueron esfumando. Cada año parecía que ganaban menos y gastaban más. Recibían ocasionalmente ayuda de familiares y amigos, que les echaban una mano con la comida o la ropa de los niños. Vivían siempre con lo justo.

Belisario como muchos otros paraguayos, sabía que en esas circunstancias no habría ningún cambio, y que ante el paisaje, muchos tomaban la decisión de emigrar, algunos a Brasil o Argentina, y otros a España. De los primeros, que iban a los países cercanos a buscarse la vida, era común ver que algunos, al cabo del año retornaban sin ninguna mejora. En cuanto a los que iban a España, conocía a personas que les había ido bien y enviaban dinero a sus familias.

La idea de emigrar, no era algo que le animara a Belisario, tenía a su esposa y a sus hijos, y pese a que el dinero no circulaba con abundancia por sus manos, prefería tener paciencia y esperar a que las cosas mejoraran.

Pero el trabajo de fontanería cada vez iba peor y ante los gastos que tenía, decidió buscar una forma diferente de ganarse la vida, así llegó a su fin el oficio que había pasado por generaciones en su familia. En poco tiempo encontró un puesto como dependiente de ropa. Aquello, tenía la ventaja de que percibía una cantidad fija de dinero sin preocuparse por el volumen de demanda, algo que asolaba sus meses como fontanero. Por contra, el sueldo como dependiente era bajo.

Poco a poco fue aprendiendo sobre el negocio de la moda y encontrándole el gustillo al oficio. Había descubierto que tenía carisma para relacionarse con los clientes y persuadirlos para que se probasen y comprasen prendas. Tan bien le iba vendiendo, que empezó a soñar con la oportunidad de abrir su propia tienda, aun-

que sin olvidar que aquello en su situación era imposible. Aquellas elucubraciones eran más un pasatiempo que le ayudaba a escapar de la realidad.

Su vida transcurría entre los afanes económicos y los sueños de empresario. Pero un día todo cambió. Giselle enfermó. Comenzó con un fuerte dolor de cabeza que pronto se hizo insoportable y los llevó a trasladarla al hospital de donde no volvería a salir.

Allí descubrieron que tenía un tumor avanzado en la cabeza. Tan solo dos semanas después de haber ingresado, Giselle murió.

Belisario había perdido a la mujer con la que había soñado tener una familia y construir una casa, la esposa que deseó y amó desde que era un adolescente. Paulo y Roque habían perdido a una madre protectora que siempre había estado para ellos, que los acompañaba y apoyaba. Los tres descubrían con perplejidad que ella era la vida de la casa, y que con su ausencia, ésta se vaciaba y se volvía tan extraña, tan ajena, que se hacía inhabitable.

Belisario quería ofrecerle a sus hijos una mejor vida. Con la pérdida de Giselle se planteó la idea de emigrar. Habló con un amigo de su barrio que se encontraba en España desde hacía varios años. Él le animó a intentarlo.

Viendo su nueva situación, no tenía sentido no hacerlo. Podría dejar a los niños con los padres de Giselle e ir a trabajar a España durante un año, y con el dinero recaudado, volver a Paraguay para poner su propia tienda de ropa. Pero no quería tomar una decisión sin que los niños estuvieran de acuerdo. Así que los reunió y les compartió sus planes. Los niños estuvieron encantados y les gustaba la idea de vivir en casa de los abuelos. Con la ausencia de su madre, la casa se sentía diferente y preferían estar en otro lugar.

Con ayuda de sus padres y sus hermanos, Belisario logró reunir el dinero suficiente para costear el viaje a España. Y en noviembre de 2019 tomó un avión rumbo a Valencia.

Fue recibido por su amigo de la infancia Ramón, quien lo instaló en su piso los primeros días. Con sus contactos consiguió un trabajo como ayudante en la realización de los monumentos que se presentaban en las Fallas valencianas, unas fiestas que se celebran en el mes de marzo en la ciudad.

Ganaba alrededor de 400 euros a tiempo completo, pero en su situación era un lujo, teniendo en cuenta que acababa de llegar y que en pocos días había encontrado un trabajo que le permitía pagar su manutención en una habitación y ahorrar una pequeña cantidad de dinero. En principio, iba a tener trabajo incluso después de las ferias, hasta el mes de abril o mayo si todo iba bien. Lo que era una buena noticia saber que tendría unos ingresos económicos en los primeros meses.

Además, en las primeras semanas en España y gracias a su trabajo y su carisma, había conocido a muchas personas, muchas de las cuales lo podrían contratar en la temporada estival, en la que podría ganar mucho más dinero, incluso sin tener papeles de residencia. Así que no podía quejarse, todo había comenzado relativamente bien para él y con buenas expectativas a corto plazo.

Pero el destino de Belisario y seguramente el de muchos migrantes como él, dio un vuelco en el mes de marzo de 2020 cuando comenzó el confinamiento. De repente, Belisario se quedó sin trabajo y preso de los gastos que generaba cada día de estadía en España, comenzando así una sangría que para mayo, había acabado con sus escasos ahorros y no mostraba una perspectiva de mejora a la vista.

Poco antes de la pandemia, había conocido a Marco, un hombre mayor que al conocer la situación que Belisario estaba viviendo, le ofreció vivir en su piso a cambio de encargarse de su cuidado. El ofrecimiento vino en un buen momento, pues aquello le ayudaría a pasar el temporal y mantendría la esperanza intacta de encontrar un trabajo en verano.

Pero el destino es caprichoso y en junio, Belisario comenzó a tener fuertes dolores en el estómago hasta que tuvo que ir a urgencias, donde le hicieron exámenes y descubrieron que tenía un pequeño tumor. La buena noticia es que, según los médicos, había sido detectado a tiempo y con el tratamiento indicado podría superar la enfermedad.

Sus sueños de ahorro y de trabajo quedaron relegados a un segundo lugar. Las sesiones de quimioterapia y radioterapia lo dejaban tan extenuado, que poco le alcanzaba para cuidar a Marco, y en ocasiones, parecía que era este último quien cuidaba de él. Marco, realmente no necesitaba de ayuda, siempre había vivido solo y era autosuficiente, pero le agradaba Belisario y quería ayudarlo ofreciéndole un techo en el que vivir, más aún en su delicado estado de salud.

El tratamiento estaba previsto que durara hasta el mes de diciembre. Gracias a las personas que lo conocían había encontrado ayuda en Caritas, donde semanalmente recibía una cesta de alimentos que le quitaba un problema en ese aspecto.

Sabiendo que su situación era delicada por su tratamiento, que no tenía trabajo y que se encontraba en situación irregular, sus perspectivas de trabajar y ahorrar durante un año en España, se volvieron utópicas. Estar convaleciente le hizo pensar que podría no volver a ver a sus hijos ni a sus padres. Moriría lejos y solo. Tenía que volver a Paraguay, tenía que volver con los suyos.

Por medio de contactos pudo inscribirse en un programa de Retorno Voluntario Productivo, con el que no solo le costearían los gastos del viaje para retornar a Paraguay, sino que apoyarían económicamente y formativamente un emprendimiento empresarial. La perspectiva de poder retornar y poder abrir su tienda de ropa, fue un impulso de esperanza frente al panorama oscuro en el que se encontraba.

Aquella ilusión se materializó cuando en agosto supo que había sido seleccionado como beneficiario del programa. Volvería a reunirse con sus hijos, a quienes echaba mucho en falta; además, llegaría con recursos para abrir su propio negocio y poder brindar a su familia posibilidades económicas de las que había carecido antes de viajar.

Sin embargo, no todo parecía estar a su favor. Retornar a Paraguay a finales de año, era algo que los médicos lo desaconsejaban, pues pondría en riesgo su salud; por tanto, era conveniente que continuara con el tratamiento y se sometiera en el 2021 a pruebas para corroborar que el tumor había desaparecido.

Pero aquello significaría estar más tiempo en España y con la posibilidad de que se fuera postergando poco a poco su retorno, hasta el punto que no pudiera volver con su familia. No solo dejaría de verlos, sino que, a su parecer, terminaría por perder el programa de retorno productivo, la única posibilidad con la que contaba para que Paulo y Roque tuvieran un colchón por sí faltaba él.

Aunque la muerte era una posibilidad, Belisario no se planteaba que ese fuera su destino, sus hijos ya habían perdido a su madre y sería una jugarreta cruel que también le arrebataran a su padre. Pero por si acaso, era mejor viajar cuanto antes a Paraguay. Con algo de suerte, podría continuar el tratamiento allí, y recuperarse. El riesgo era claro, viajar era poner en la cuerda floja su salud y no hacerlo era poner

en ella el futuro de sus hijos. La decisión estaba tomada. Viajaría en cuanto fuera posible.

Consiguió que los médicos le permitieran viajar bajo su propia responsabilidad. Y en enero de 2021 viajó a Asunción, donde se reunió después de catorce meses con sus hijos. No volver a verlos era algo que le angustiaba desde que supo que estaba enfermo. Aquello se había convertido en una obsesión que por fin veía realizada.

Ahora podría concentrarse en reanudar su tratamiento médico y continuar con su proceso de emprendimiento empresarial, comprar la mercancía, firmar el contrato de alquiler del local, hacer una pequeña adecuación del mismo, contactar con clientes a los que había conocido en sus tiempos como dependiente y buscar un sitio para vivir con sus hijos, que aunque los abuelos de los niños estaban encantados con que siguieran viviendo con ellos, Belisario consideraba que debía hacerse cargo de sus hijos y no cargar con esa responsabilidad a sus suegros.

También quería recuperar el tiempo perdido con los niños. Desde la muerte de Giselle, hacía más de un año y medio, los tres habían quedado muy afectados ante la pérdida del pilar de sus vidas. El tiempo había pasado y todos se habían acostumbrado a su ausencia, las heridas habían cicatrizado y estaban preparados para establecer nuevos lazos de familia. Así que Belisario tenía muchos frentes abiertos y muchas ilusiones por las que levantarse cada día. Su vida no había sido fácil, pero tenía la esperanza de que las cosas, ahora, por fin, empezaran a encarrilarse, sin más contratiempos ni tragedias.

El destino es caprichoso y por momentos, cruel. La única concesión que éste le dio a Belisario, Paulo y Roque es que pudieran encontrarse de nuevo. Diez días después de haber llegado a Paraguay, Belisario, a pocas horas de haber sido trasladado al hospital, murió repentinamente. Sus hijos, en menos de dos años, vieron como perdían por enfermedad a sus padres, y la familia que un día tuvieron, se desvanecía.

En cuanto al programa de retorno productivo, las cantidades económicas se desembolsarían en un periodo de dos meses al titular del programa. Al haber muerto Belisario, el ente subvencionador, el Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones de España, con base en el manual de gestión, decidió que la familia de Belisario no podría continuar con el emprendimiento en el que había sido beneficiado su padre.



CRISTINA

Con 25 años tiene cuatro hijos de tres padres diferentes. Su vida, como la de muchas madres jóvenes, no ha sido fácil. Su primer hijo, Daniel, tiene hoy 10 años y se encuentra al cuidado de la familia del padre. Le sigue Carol, de 7 años, que está al cuidado de la madre de su actual pareja, Gerson, con quien lleva seis años de relación y tiene dos hijos, Pablo de 5 años y Estefanía de tres.

Cristina nació en Medellín y creció en condiciones de precariedad y violencia. Su padre, drogodependiente y ladrón fue asesinado cuando ella solo tenía 10 años. Su madre, Teresa, se fue a vivir a España en 2014 con el propósito de dejar atrás sus problemas con el alcohol y ayudarle económicamente a su hija y a sus nietos. Ninguna de las dos cosas ha podido cumplir.

En cuanto a las relaciones emocionales, Cristina tampoco ha tenido suerte. El padre de su primera hija, Jefferson, durante años la golpeó y abuso de ella. No sin esfuerzo, ella y su familia encontraron el modo de separarse de él. Como consecuencia de estas experiencias traumáticas, Cristina comenzó a sufrir en situaciones de fuerte estrés, cuadros psicóticos en los que se enajenaba y deliraba con su infancia.

A Gerson, su actual pareja, le conoció por medio de unos amigos. Viven juntos hace casi 6 años. En Colombia él era moto-domiciliario y ella dependiente de ropa. Ambos vivían con su suegra, Magnolia, quien se había encargado de criar y cuidar de su hija Carol. Las carencias económicas, las pocas perspectivas de futuro y las cargas familiares —tenían a Carol de 3 años, Pablo de 1 año y Estefanía en gestación— empujaron a la pareja a plantearse migrar rumbo a España.

Animados por la insistencia de su madre, quien llevaba varios años viviendo allí con su tío Gustavo, hizo que la pareja viajara con el pequeño Pablo en enero de 2018. Carol quedó al cuidado de la madre de Gerson.

Llegaron a Barcelona y fueron recogidos por Gustavo, quien ejercía como fontanero autónomo y llevaba 22 años viviendo en la ciudad. El tío de Cristina tenía dentro de sus pertenencias un viejo inmueble que utilizaba como almacenaje de herramientas y recambios, pero que con el pasar de los años, se había vuelto también la vivienda de su hermana Teresa. A ese lugar llegaron también Cristina y Gerson.

La alegría que sintió Cristina al ver a su madre después de cuatro años se desvaneció con el paso de los días y el descubrimiento de que Teresa seguía siendo alcohólica. Una de las cosas que quería evitar Cristina era ver a su mamá consumirse diariamente en un estado en el que perdía la lucidez y el movimiento. Por esa razón

no quería emprender un viaje que le hiciera vivir las mismas experiencias que había vivido en Colombia. Lo cierto es que estuvo a punto de no viajar, pero su madre le aseguró que en el último año había estado en rehabilitación y que sus problemas con el alcohol eran cosa del pasado.

Cristina quiso creerle, con el mismo convencimiento que creía que la vida podía depararle la prosperidad que hasta el momento se le había negado. Ninguna de las dos cosas sucedió. Tuvo que asumir que conviviría diariamente con una persona lúgubre y mustia en las mañanas, y delirante y enajenada en las tardes, cuando el alcohol desvanecía los límites de la dignidad. Teresa procuraba todos los días hacer lo necesario para alcoholizarse, salía a las 11 a.m. y volvía borracha a las 10 p.m., algunos días podía articular palabras y pensamientos y en otros, era solo un despojo de carne y harapos.

A Cristina no le gustaba pensar lo que su madre hacía para alcoholizarse, sentía una mezcla de vergüenza y rabia de tener que compartir techo con ella y sus problemas. Pero no tenía elección, todos tendrían que vivir en la casa del tío Gustavo.

Habían llegado como turistas y no tenían documentación para acceder a un trabajo formal. Gracias a su tío y sus contactos, consiguieron trabajos esporádicos; ella como cuidadora de niños y él como peón de construcción ocasional. Entre ambos no llegaban a 350 euros mensuales. Ese dinero solo daba para pagar los recibos de los servicios del piso y un pequeño mercado para cinco bocas, sus dos hijos, su madre y ellos.

La pequeña Estefanía había nacido 4 meses después de su aterrizaje en España. El parto no tuvo complicaciones. Pero la niña, de nacionalidad española, incrementaba considerablemente el gasto de la pareja, pues con Cristina de baja los primeros meses de maternidad, las entradas económicas dependían directamente de Gerson y las veces que podía ejercer como peón.

Lejos de mejorar, la situación de la familia parecía empeorar con el transcurso del tiempo. En ocasiones, el tío Gustavo les llevaba algún mercado o pagaba algún recibo de electricidad. Aquello solo les daba para sobrevivir.

Los meses pasaban y lo que antes había sido una buena idea, se convertía poco a poco en una pesadilla. Ellos, acostumbrados a vivir en la pobreza, la vida en Barcelona se hacía más dura que en Medellín, pues no tenían cómo acceder a un

trabajo que les permitiera comprar alimentos, en Colombia por lo menos tenían los mismos derechos que los demás.

Ella estaba prácticamente todos los días al cuidado de sus hijos, sin ningún tipo de entrada y en una casa que era más un trastero que una vivienda. Las discusiones con su madre eran constantes. Portazos, insultos, gritos y sollozos, eran los acompañantes de las peleas. Este ambiente enrarecido en el que vivía Cristina le estaban provocando accesos de ira incontrolables.

La soledad también le estaba afectando. Casi todo el día pasaba las horas encerrada con sus dos hijos. Gerson salía por la mañana y volvía en la noche. Aunque no tuviera trabajo, parecía evitar quedarse en esa casa, escuchando llorar a los niños y las recriminaciones de Cristina por su poca implicación en la crianza de sus hijos.

Con ese panorama Gerson prefería estar en la calle, había conocido a varios colombianos que estaban en su misma situación y tenían por costumbre reunirse en el mismo lugar para pasar el rato.

Pero Cristina no se podía abstraer. Se sentía incomprendida y arrepentida de haber emprendido un viaje que solo le había traído amargura y decepción. Ver a Teresa hacer cualquier cosa para mantenerse embriagada y a Gerson para alejarse de ella y los niños, le estaba provocando cierta repulsión hacia sí misma. Se odiaba, se asqueaba. Era su culpa que su madre no pudiera superar el alcoholismo y también lo era que su pareja intentara sistemáticamente alejarse de ella. Los niños lloraban de hambre y de sueño. La rabia era incontrolable, quería soltarla, quería materializarla. Y comenzó a lastimarse. Con los días sus formas de hacerse daño iban en aumento. Se pellizcaba, se arañaba, se tiraba del pelo y se golpeaba la cabeza, lloraba de rabia frente al espejo y se profería insultos. Aquello era catártico. Hacerlo dos veces por semana, le permitía llevar mejor la carga de su vida.

Esa rabia era adictiva, cuanto más la soltaba sobre su cuerpo, acostumbrado ya a llevar cardenales por brazos y piernas, más necesidad tenía de hacerlo. Fue la forma que encontró de sobrellevar su soledad. Se encerraba para lastimarse y ocultaba a los demás sus brotes. Este recelo y escrupulosidad de que se enteraran de este nuevo hábito eran los últimos conatos de una sensatez que había quedado amordazada por la lujuria del descontrol. Odiarse y lastimarse resultaba a sus ojos, sanador.

Pero el monstruo que diariamente Cristina alimentaba con flagelación y desenfreno, crecía en su interior con una voracidad que exigía de ella más. Frente al

espejo comenzaba a virar su odio hacia nuevos objetivos, aquellos que la obligaban a permanecer viviendo en ese infierno de 35 metros cuadrados: los niños.

Desarrolló un sentimiento ambivalente hacia ellos. Los quería tanto como los detestaba. Mantenía ese sentimiento oculto y lo disimulaba frente a los demás. Notaba que se acentuaba cuando se sentía sola y se desvanecía cuando tenía contacto con gente de Colombia.

Un día, mientras discutía con Gerson, sucedió. Ella no recuerda muy bien lo que hablaban, ni tampoco que estuviese enojada, todo ese suceso tiene para ella la impresión de un mal sueño o de un estado febril. En medio de la pelea, Cristina salió a toda prisa profiriendo gritos, tomó un cojín y con ambas manos lo puso sobre la cabeza de su pequeña hija Estefanía, a la que intentó, mientras musitaba algunas palabras inaudibles, asfixiar con tanta fuerza, que solo la intervención de Gerson pudo evitar que la ahogara.

Él la sometió contra el suelo y mientras lo hacía pudo ver cómo el rostro de su pareja se desfiguraba en gestos de ira y ojos desorbitados, parecía totalmente enajenada y fuera de sí. Luego empezó a gritar sin cansancio el deseo que tenía de morir, mientras que intentaba zafarse de las manos. La escena era desgarradora. Ante el terror de ver que no finalizaban los gritos estridentes que como punzadas herían a Gerson y a Teresa, no tuvieron más remedio que llamar a los servicios de emergencias y reportar el estado mental que sufría Cristina.

Fue trasladada al hospital y tras un diagnóstico de estrés postraumático fue remitida a un centro psiquiátrico de Barcelona en el que permaneció por tres meses. Asolada al principio por la culpa, Cristina lloraba cuando revivía las imágenes tortuosas en las que atacaba a su hija. Quería a sus hijos y no podía creer que hubiese hecho algo tan desalmado. Si pudiese volver el tiempo y evitar el fatídico desenlace...

Tras unas semanas aceptó la situación y lo que antes fue culpa, ahora se volvía vergüenza, la deshonra de haber levantado la mano contra su hija le juzgaría y le acompañaría en su vida. Tendría que aprender a vivir con ello.

La soledad. La tranquilidad que se palpaba en el centro psiquiátrico en el que se encontraba internada estaba a juego con el vacío que sentía en su alma, como si hubiese perdido algo. Lo cierto es que Cristina intuía que las cosas no volverían a ser igual y que posiblemente no le permitirían ver de nuevo a sus hijos. En efecto, Cristina había perdido la custodia y su tío Gustavo se haría cargo de ellos.

Cuando salió del centro, la idea de permanecer en España era injustificable. Sin trabajo, ni documentos, pero sobre todo, sin sus hijos, hacía que careciera de sentido seguir pasando por ese infierno. Solo podía volver a Colombia y comenzar de nuevo. No tenía mucho sentido permanecer en un país que le haría recordar su fracaso como madre. No podía evitar juzgarse con dureza.

Cristina siempre fue creyente y le pedía perdón a Dios. Lo buscaba con lágrimas sinceras para que le diera una segunda oportunidad, para que le permitiera levantar la cabeza y mirar hacia el futuro. Que le diera fuerzas en medio de la soledad que había forjado con su propia mano. Ella no era una persona mala, solo fue una persona débil que sucumbió a sus miedos.

Al salir del centro psiquiátrico tuvo que volver a vivir en la casa de la tragedia. Estuvo acompañada por Gerson y su madre Teresa, quien se mantuvo, contra todo pronóstico, en sobriedad, cuidando de su hija. La acompañaron y le ayudaron, aunque el ambiente no dejaba de mostrar un silencio de luto. No hubo gritos, ni reclamos. No hubo nada.

Contactaron con AESCO y Cristina ingresó en el programa de Retorno Voluntario Asistido con Gerson. Poco tiempo después y a las puertas del viaje Gerson desistió en retornar. En parte Cristina lo entendía, él no estaba privado de sus hijos y podía seguir intentando buscarse una vida en Barcelona. Ella en cambio debía volver. No quería volverse una carga y tampoco tenía fuerzas para llevar una nueva crisis emocional. Suficiente daño había provocado.

El día de su vuelta se despidió de Teresa. Lloraron juntas. Se pidieron perdón y se perdonaron. Prometieron encontrarse.

Con Gerson la despedida fue más fría, más formal. Con cortesía, ambos sabían que algo se había roto entre ellos. Mantendrían comunicación porque ellos eran el contacto hacia sus hijos, los de España y los de Colombia. Una familia que quedaba separada indefinidamente por la aventura migratoria. Solo el tiempo diría si Gerson conseguiría la estabilidad suficiente para reclamar la custodia de sus hijos o renunciaría a esa esperanza. La pareja, aún con las discrepancias, tenía el anhelo de reunirse como la familia que un día fueron.

A pesar de la tristeza de la despedida, Cristina, miraba con optimismo volver después de dos años a Colombia: “España me ha dejado una enseñanza, la familia y los hijos es lo más importante, antes que cualquier cosa”. Perderlos puso en pers-

pectiva sus prioridades. Ahora, solo desea labrar un camino en que sus cuatro hijos se encuentren y compartan un mismo techo, pues nada vale más que una familia.

Volvió a Colombia y con el dinero de ayuda que le dio el programa lo invirtió en un pequeño lote de mercancía textil que vende por medio de redes sociales. Vive con su hija Carol y tiene contacto a diario con su hijo Daniel. Aunque no vive con holgura, la venta de ropa le permite vivir sin afanes. Es más feliz que antes de haber migrado y tiene la ilusión de ahorrar un pequeño capital que le permita abrir una tienda de ropa, y con el tiempo, por qué no, volver a ver a la otra mitad de su familia: “no duraremos cien años pasándola mal... tenemos un Dios arriba que él sabe lo que necesitamos.”

Lo que la aventura migratoria no muestra es que el fracaso no se remite solamente a pérdidas económicas, muchos migrantes pagan un costo muy alto con la pérdida de sus seres queridos tanto en origen como en destino.



EUGENIO
y
SU FAMILIA

Esta es la historia de una familia colombiana que decidió migrar a España con la esperanza de reanudar sus vidas lejos de la violencia y encontrar la prosperidad que les fue arrebatada.

Eugenio era un comerciante de electrodomésticos que tenía un pequeño negocio en San Vicente de Chucurí —Colombia—, un pueblo de clima cálido con tierras fértiles para el cultivo de cacao, plátano y café. Sus comienzos en el negocio se dieron de la habilidad heredada de su padre para reparar neveras, lavadoras, licuadoras y cualquier aparato eléctrico del hogar. Poco a poco fue ahorrando hasta que pudo abrir su establecimiento de venta en el centro de la ciudad. Y no le iba nada mal.

De temperamento alegre, Eugenio era un conversador nato y sociable, de bromas y risas que contagiaba con su buen ánimo hasta el cliente más rancio. Su esposa Myriam, más seria, pasaba malos ratos con la extrema sociabilidad de su marido, pues en ocasiones, salir por el pueblo con él, se volvía una procesión interminable en la que el jubiloso charlatán daba rienda suelta a su actividad favorita, hablar. Eugenio de 53 años y Myriam de 45 llevan 25 años de casados, la mayoría de los cuales no tenían ninguna queja, pues habían gozado de salud y económicamente nunca habían pasado necesidades.

Tienen cuatro hijos. La mayor es Vanessa con 23 años y de temperamento afable como el de su padre, estaba casada con Hernán, un próspero comerciante de venta de productos al por mayor en la plaza de mercado del pueblo. La pareja tiene un niño de 2 años, Saúl.

El segundo hijo de Eugenio y Myriam es Jhon Jairo de 20 años, recién graduado del bachillerato y con poca disposición para los estudios. Declinó la propuesta de sus padres de trasladarse a Bucaramanga y comenzar una carrera universitaria. Le interesaba más ser un buen negociante y aunque no tiene la personalidad cautivadora de su padre, tenía talento para organizar y administrar. El tercer hijo de la pareja es Jaime de 16 años, que cursa el último curso del colegio y pretendía estudiar medicina en Bucaramanga. Es perspicaz y ágil como su madre y ocupó los primeros puestos de su promoción. El último hijo es Jefferson, con 13 años, es un niño hipeactivo que sueña con ser futbolista.

San Vicente de Chucurí es un pueblo que hace décadas vive la violencia por parte de los grupos armados que tienen una fuerte influencia sobre el pueblo. Sin embargo, la familia de Eugenio como muchas otras de su comunidad, había apren-

dido a vivir bajo estas circunstancias sin llamar la atención ni interferir en política. Sin embargo, esa calma acabaría para la familia y la violencia llegaría a sus vidas. Ninguno sabe con certeza que sucedió, lo que saben es que Hernán —yerno de Eugenio— se volvió objetivo de los grupos armados y comenzó a recibir amenazas. Recurrieron a la policía e informaron del peligro que corrían. Puede que por falta de recursos o por desidia o por temor a represalias, la policía no hizo nada y le aconsejó a Hernán que abandonara el pueblo. Él se negaba y siguió con su vida ejerciendo sus actividades diarias.

En octubre de 2017 cuatro hombres ingresaron de madrugada a la casa de Vanessa, asesinaron a Hernán y la violaron a ella, no sin antes advertirle a ella y a su familia, que de seguir en el pueblo correrían el mismo destino.

No tuvieron tiempo. No pudieron llorar y lamentarse por lo que había vivido su hija, ni por la desgracia que les sobrevinía. En dos días Eugenio reunió el dinero que pudo, hicieron las maletas y partieron rumbo a Bucaramanga. Abandonaron su casa y su negocio. Intempestivamente dejaron atrás sus vidas y una noche fue suficiente para alterar el camino apacible y tranquilo por el que habían transitado por años la familia. Los sueños de negociante de Jhon Jairo, los estudios de Jaime, el fútbol de Jefferson y la familia de Vanessa, se habían desvanecido en un instante.

Llegaron a Bucaramanga y recibieron ayuda de asociaciones, pero tenían que decidir lo que iban a hacer. El miedo que tenía la familia por su seguridad, les impedía contemplar un destino dentro de Colombia. Tenían que emigrar y decidieron hacerlo rumbo a España. Habían escuchado que en aquel país había grandes posibilidades económicas para asentarse y reanudar sus vidas. Sin embargo, su primera opción fue Estados Unidos, pero les negaron los visados y el ingreso.

Así que el plan era viajar a España y solicitar el asilo que les permitiera regularizar su situación y encontrar trabajo. Eugenio tenía un dinero ahorrado que les permitió vivir cómodamente los dos meses que estuvieron en Bucaramanga mientras les expedían los pasaportes y tramitaban los papeles necesarios para el viaje. En total había logrado reunir de sus ahorros sesenta millones de pesos y había gastado diez millones en las gestiones. El monto restante, descontando los billetes de viaje de ida y vuelta como turistas, lo cambió a euros y lo utilizaría para desembarcar e instalarse los primeros meses en España mientras que se regularizaban como asilados. En total partieron con 6.000€ que esperaban fueran suficientes para comenzar. En cuanto a su casa y su negocio que habían quedado abandonados por los afanes de

la huida, el hermano de Eugenio, Gustavo se ocuparía de la venta de los inmuebles.

Pasaron las fechas decembrinas junto a familiares en Bucaramanga. Y entre lágrimas y abrazos se desearon buena suerte para sus nuevas vidas. El 5 de enero de 2018 partieron rumbo a Madrid en un vuelo de escala que duró 14 horas. A su llegada contactaron con Alberto, un conocido de su hermano Gustavo que, previamente, les había reservado un hotel para dos noches.

Durante la primera semana Eugenio tramitó con su familia la solicitud de asilo y encontró un pequeño piso de dos habitaciones y 45 metros cuadrados, que por el pago adelantado de 6 meses —3000€— pudieron alquilar.

Solo le quedaban la mitad de sus ahorros, pero lo importante era garantizar un techo para su familia y con algo de suerte, en un breve periodo les llegaría la resolución favorable de asilo. Como solo había dos habitaciones, decidieron priorizar en la comodidad de los más pequeños. De modo que en una habitación se instalaron Vanessa y Saúl y en la otra Myriam y Jefferson. En cuanto a Eugenio, compartiría el salón con sus dos hijos, Jhon Jairo y Jaime, estos dormirían en un colchón inflable, mientras que Eugenio dormiría en el sofá. Aunque por los dolores de espalda que conllevaba dormir en el sofá irían rotando los tres para hacer más llevadera la incomodidad.

Pasado un mes, en el que la convivencia se hizo llevadera, por encontrarse juntos y compartir la misma aventura, les emitieron las llamadas tarjetas blancas, una tarjeta provisional de 6 meses que no les permitía trabajar aún, pero que les otorgaba un número de identificación conocido como NIE, con el cual podrían cursar las solicitudes con las administraciones.

En cuanto al aspecto económico la situación era un poco precaria, pues entre gastos y servicios del piso, consumían alrededor de 500€. A este ritmo de gastos no tendrían sino para 6 meses. A nivel psicológico la familia no pasaba por su mejor momento, la violación y el asesinato de Hernán, habían dejado en Vanessa trazas de tristeza que se percibían en su mutismo y un desinterés constante. Hablaba poco, y se mantenía la mayor parte del día encerrada con el niño en la habitación. En un instante había perdido a su esposo y ella se quedaba con recuerdos desagradables de la desgracia, que cada día se instalaban en su cabeza y le mostraban el laberinto en el que estaba sumida. No tenía salida, una y otra vez vagaba por aquella noche y se preguntaba por qué a ella, por qué a él, por qué a su familia, tantas posibilidades, tantos desenlaces distintos y tenía que darse el peor, por qué no podía llevar una

vida tranquila y apacible como la mayoría de la gente que conocía. Cada día terminaba llorando cuando pensaba cómo había terminado en una pequeña habitación de una ciudad ajena, que no tenía relación con lo que había sido su vida. No quería estar allí, pero lo que quería ya no lo podía recuperar.

Myriam estaba viviendo su propio calvario. Ella, al contrario de su hija, no dejaba de pensar en el futuro de su familia. El dinero se estaba acabando con bastante rapidez y en cualquier momento quedarían en la calle. Sería el final de su familia, el dolor de imaginar a sus hijos y a su nieto botados en la calle mendigando comida o de ver a su familia separada durmiendo en distintos sitios, le producía un estado de ansiedad y descontrol que en ocasiones se expresaba en un llanto desconsolado, y en otras, en una rabia hacia la aparente impasividad de Eugenio. Ya ni siquiera rezar diariamente le calmaba, no entendía por qué Dios les ponía esta prueba, qué pecado había cometido para que su familia estuviera viviendo la amarga experiencia del exilio. Sus pensamientos por el futuro se agolpaban y no sabía qué hacer, dónde ir. Su familia se desmoronaba cada día y ella contemplaba el final con antelación. No lo soportaba, la respiración se aceleraba, la boca se reseca y sentía una presión en el pecho como si el pie de un elefante se posara en ella. El encierro no le ayudaba. Y aunque en ocasiones daba un paseo e iba a la iglesia, no encontraba paz y varias noches las pasaba en vela. Ya no se reconocía, la mujer fuerte y decidida parece que se había quedado en San Vicente.

Eugenio había perdido el buen humor, mas no así la esperanza. Esperaba que la regularización y el permiso de trabajo llegaran pronto y les permitiera sentar las bases de su nueva vida. Percibía el deterioro psicológico de su esposa y su hija, como una cadena que transmitía el dolor con cada anclaje. Intentaba animar a Myriam, que en ocasiones era receptiva y se emocionaba al pensar que las cosas mejorarían, pero aquello duraba muy poco, pronto retrocedía al estado de pesimismo que la acompañaba y comenzaba a recriminarle culpas por su situación. Eugenio prefería mantener silencio y dejar que se desahogara, ya había intentado calmarla en alguna oportunidad, pero solo consiguió una crisis nerviosa mayor en su mujer. Cuando Vanessa lo permitía, jugaba con el pequeño Saúl, y si tenía suerte, lo llevaba al parque; aunque la mayor parte del tiempo el pequeño estaba con su madre, que no quería separarse de él y tampoco quería salir. Salía con sus tres hijos, Jhon Jairo, Jaime y Jefferson, hablaban del futuro y mutuamente se alimentaban los sueños de cada uno, los cuatro parecían haber construido una burbuja que les protegía de los problemas. Pero Eugenio, que parecía despistado e inconsciente de la gravedad de

su situación, no perdía de vista que el dinero solo alcanzaría para unos meses más. Si la situación no cambiaba, tendría que salir del piso. Se dio como plazo 3 meses, si entonces las cosas no cambiaban, tendría que tomar una decisión, utilizar el dinero que obtendría de la venta de su negocio y su casa, para alargar la estadía en España y esperar a la regularización, o por el contrario, se arriesgarían a volver a Colombia, donde la vida de su familia corría peligro.

En solo dos meses Eugenio había tomado la decisión, debía buscar el modo de retornar a Colombia. Su familia estaba viviendo una tempestad emocional que ya no podía sobrellevar. A la tristeza de su hija, y la ansiedad de su esposa, se sumaba los llantos en las noches de sus hijos, que veían como la vida de sus amigos continuaba, mientras que ellos estaban encerrados en una ciudad en la que no podían estudiar ni trabajar, en la que su madre y su hermana parecían sombras caminantes de miradas perdidas, que se encontraban ausentes. Los niños lloraban todos los días a su padre y se desahogaban con él, la burbuja impenetrable llena de sueños, se había llenado de quejas y súplicas, cuando descubrían, que sus sueños no tenían nada que ver con su realidad.

Eugenio sabía que su familia estaba cayendo lentamente por un precipicio del que llegaría a no haber retorno. Cada paso en el que insistían en permanecer en España solo los llevaba a la locura. Comían mal, dormían mal, ya ni siquiera hablaban, el silencio parecía el velo que los protegía de la tristeza de los otros, no escuchar sus lamentaciones permitía hacer más llevable las suyas. Era un pacto no hablado. Eugenio comprendió que era preferible arriesgarse a vivir en Colombia que seguir muriendo en España cada día. Además, su solicitud de asilo no avanzaba y había escuchado que podía tardar más de un año su resolución y nada garantizaba que fuera favorable, el sacrificio era muy grande por la recompensa. ¿Qué haría hasta entonces? ¿de qué vivirían? ¿cómo sobrevivirían? Ni siquiera había podido vender la casa y el local. No tenían nada, no hacían nada, no esperaban nada y su familia vivía en una nada.

Gracias a Alberto, que también se encontraba desempleado y en una situación precaria, contactó con varias organizaciones que le facilitaron entre otras cosas, ayuda psicológica para su familia, especialmente para Myriam que presentaba niveles de ansiedad considerables; y Vanessa, que cargaba con una depresión desde la muerte de Hernán.

A Eugenio también le pasó factura la situación, en el último mes había pre-

sentado sangrado nasal, fuerte dolor de cabeza y vómitos, después de una revisión médica fue diagnosticado con hipertensión y necesitaba medicación para mantener controlados los síntomas, además, debía evitar estresarse. Así que hablando con su familia, por unanimidad decidieron que debían retornar a Colombia, ninguno consideraba rentable seguir prolongado una experiencia que los estaba debilitando y alejando unos a otros.

Gracias a la información que comparten entre asociaciones, Eugenio y su familia lograron entrar al programa de Retorno Voluntario Asistido. Aquello fue la mejor noticia que en mucho tiempo habían recibido, no ocultaba la alegría que les embargaba salir del encierro en el que se encontraban y no importaba abandonar la solicitud de asilo, a la que sin dudar lo renunciarían. La perspectiva de volver a Colombia era mucho más esperanzadora para todos, incluso con precariedades sabían que se encontrarían en un lugar familiar en el que los niños podrían estudiar y los adultos trabajar. Sin embargo, sabían que no podrían volver a San Vicente de Chucuri y posiblemente tendrían que vivir fuera de la región. Por eso pensaron por consenso en vivir en Tunja, capital del departamento de Boyacá. Es una ciudad pequeña, tranquila, no tiene grupos armados y podrían empezar de nuevo.

Ante la perspectiva y contando los días, la familia poco a poco comenzó a recuperarse emocionalmente y a renovar sus sueños de un mejor porvenir. Seis meses después de haber llegado a España, la familia de Eugenio tomó un avión rumbo a Bogotá, de donde se trasladaron sin dilación para Tunja. Por seguridad, decidieron que no le contarían por el momento, la ubicación a su familia y a sus seres queridos para evitar riesgos.

A su llegada, y con el dinero de primera instalación que recibió cada miembro, alquilaron un apartamento de cuatro habitaciones en la periferia de la ciudad que les permitió vivir con relativa comodidad. A la semana, Eugenio y Jhon Jairo, lograron emplearse en una tienda de venta de electrodomésticos nuevos y usados, Eugenio en el área de arreglos y Jhon Jairo en el área de ventas. Myriam también ingresó como dependienta en una tienda de encajes y tejidos. El salario de los tres permitía el sustento de su familia. En cuanto a Jaime y Jefferson lograron ingresar al colegio y continuar sus estudios. Finalmente, Vanessa, decidió comenzar un estudio técnico de contabilidad en un instituto público, que compagina con el cuidado de su hijo, con el que también colaboran los demás miembros. La familia ha recuperado el ánimo y la afable cotidianidad se ha instalado de nuevo en sus vidas. Tienen como pacto, no hablar nada de la tragedia que comenzó una noche en San Vicente

y se extendió durante seis meses en España. Eugenio, por no perder la costumbre, intenta con sus bromas y anécdotas, que su familia recuerde aquella felicidad que un día olvidó.



JASON



Jasón lleva 5 años de casado con Bibiana y tiene una niña, Aurora, de 3 años. Viven en Manizales en un bonito apartamento de 3 habitaciones de condominio cerrado. La vivienda la adquirieron poco después del nacimiento de Aurora, con unos ahorros y un crédito hipotecario. Jasón tuvo en Colombia una carrera militar que abandonó cuando supo que Bibiana estaba embarazada. Ya venía la idea dándole vueltas en la cabeza. Desde que se había casado ya no sentía la misma pasión por la carrera militar. Era oficial del ejército y llevaba 8 años en el cuerpo. Las largas jornadas lejos de su casa y los riesgos de su profesión le hacían pensar en su futuro ¿realmente quería seguir en el ejército? Jasón poco a poco intuía que su vocación había quedado relegada por el deseo de convivir diariamente con su esposa. Cuando Bibiana quedó embarazada tomó la decisión. Puso en marcha un plan de vida alternativo al que pudiera dedicarse sin alejarse de su familia. Antes de dejar su carrera, sacó un crédito para abrir un gimnasio.

Su vida como emprendedor comenzó renqueante y no tenía suficiente afluencia de clientes. Había contraído una importante deuda en la compra de los aparatos y la adecuación del local que no se compensaba con el número de afiliados. Por otro lado, vivir con su familia el día a día era una experiencia que no había podido tener en sus años en el ejército y salvo por los compromisos económicos era la mejor época de su vida.

Bibiana era profesora de inglés en una academia de lenguas. Su salario alcanzaba para cubrir la hipoteca y los servicios, pero el resto quedaba a cuenta de Jasón. Con el salario del ejército habían cubierto los gastos, pudiendo ahorrar una pequeña cantidad. Pero ahora la situación era distinta. Los gastos eran mayores y los ingresos menores. Las deudas del gimnasio se afrontaron con más deudas. A Jasón le invadía el arrepentimiento. Si no hubiese abandonado el ejército su familia no tendría problemas económicos y vivirían más tranquilamente. El gimnasio solo pedía y pedía dinero. Tenía que buscar alguna otra forma de ingresos.

Intentó buscar trabajo como psicólogo, carrera que hizo como oficial, pero tenía poca experiencia laboral. Los empleos que conseguía no llegaban al salario mínimo, eran temporales e informales. Arriesgó su estabilidad económica por su estabilidad emocional. Sentía que había sido egoísta, que las había expuesto innecesariamente. Había tenido una vida estable, sin necesidades, no vivían con holgura, pero tampoco les hacía falta nada. Tenían un apartamento que estaban pagando,

una hija recién nacida y un modesto coche Renault Twingo del 2008 con el que habían emprendido viajes vacacionales. ¿Qué tozudez tuvo para romper el equilibrio en el que se encontraban? Si hubiese sido más paciente, con el tiempo habría logrado residir permanentemente en Manizales y estaría cerca a su familia. Las necesidades económicas eran más apremiantes que las emocionales, si hubiese comprendido esta prioridad, se habría ahorrado esta situación de intranquilidad y angustia.

Jasón tenía un hermano menor, Pedro, que llevaba desde 2016 en España. Era repartidor y le iba muy bien a pesar de que se encontraba en situación irregular. Hablando con su hermano, éste le propuso que viniera a España a trabajar como repartidor, viviría con él para ahorrar gastos y enviaría dinero a Colombia que le permitiría pagar las deudas del gimnasio. La idea era tentadora. Su hermano le decía que si se aplicaba podría pagar las deudas en 1 año y devolverse con dinero ahorrado 6 meses después.

Jasón pensaba que esta era una buena oportunidad para redimirse de su egoísmo, de enmendar sus errores. Tenía como contacto directo a su propio hermano, que no solo le ayudaría a encontrar trabajo sino que viviría en su piso, lo cual hacía menos drástico el cambio de país.

Antes de viajar se escucharon rumores sobre un virus que se había iniciado en China. Como todos, Jasón no le dio mucha importancia. Así que viajó el 8 de marzo a España. Siete días después, ante el aumento de contagios por la Covid-19, España decretó el estado de alarma con confinamiento de las personas y cierre de todos los comercios. La suerte no acompañaba a Jasón. Acababa de llegar a un país que había tomado la difícil decisión de paralizar su economía para disminuir la curva de contagios y muertes que estaba produciendo la pandemia. Durante los siguientes tres meses la economía española caería un 20%, miles de puestos de trabajo se quedaron por el camino y los desempleados se contaban por millones. Jasón acababa de llegar a un país de contrastes, que en época de bonanza incentiva la contratación extranjera para ejercer oficios en el sector de servicios, pero que en época de crisis era famoso por la destrucción masiva de trabajo y picos de desempleo por encima del 25%. La pandemia era una crisis tan fuerte como la última que había tenido España. Así que para Jasón la situación no podía estar más desfavorable, acababa de llegar a un lugar que no conocía y en el que el empleo era una lotería.

Vivió en Sevilla durante dos meses. Su hermano intentó que ingresara en la empresa de transporte en la que trabajaba como repartidor pero debido a los despi-

dos y la suspensión de trabajo, sumado a su situación irregular, hicieron imposible el ingreso de Jasón en la empresa. Ocasionalmente consiguió emplearse algunos días como jardinero y cuidador de chalet. Pero sus sueños de trabajar y ahorrar para pagar deudas se fueron al garete. Lo que ganaba era muy poco, aunque su hermano se hacía cargo de todos los gastos, para que Jasón pudiera enviar ese dinero a Colombia.

Por medio de un conocido de Pedro se enteraron que en Alemania, concretamente en Stuttgart había un negocio de comida regentado por un colombiano que lo podría contratar para el reparto de pedidos, aprovechando la reapertura de los comercios que se estaba dando en toda Europa y que era la antesala de la temporada de verano. Los países habían apostado por un fuerte confinamiento para que disminuyera los contagios y entonces recuperar la economía en la temporada de verano donde el consumo per cápita era más alto.

Sin pensarlo dos veces Jasón preparó el equipaje y emprendió su aventura hacia tierras teutonas. Su medio de transporte fue terrestre, en bus. Dos días le tomó llegar a Stuttgart, fue recibido por Alirio, el regente del restaurante de comida latinoamericana. Estos fueron, tal vez, los mejores meses de Jasón. Le alquilaron una habitación en un piso de colombianos que llevaban años viviendo en Alemania. Ganaba lo suficiente para vivir, enviaba dinero a Colombia y pudo ahorrar.

El trabajo era repartir en bicicleta los pedidos, no era extenuante y le gustaba hacer deporte. El idilio con su destino no duraría sino 2 meses. Ese fue el periodo que estuvo trabajando en Alemania. Las restricciones que se aplicaron tras el aumento de contagios, provocó que el restaurante cerrara temporalmente. Era evidente que Jasón no podía continuar en aquel país, pues a su situación irregular se sumaba el desconocimiento que tenía del alemán y su poco manejo del inglés. Y sin embargo, no estaba falto de ideas. Junto con otro colombiano decidieron poner rumbo al sur de Italia en la región de Matera muy cerca de Bari. Allí se emplearían como jornaleros en la recogida de cosecha y cuidadores bovinos. Según el contacto se les pagaría 1000 euros mensuales y salvo por la comida no tendrían otro gasto, lo que le permitiría seguir enviando remesas a Bibiana.

La cosa no pudo ir peor. Solo estuvo un mes en ese lugar. La principal razón es que la recesión económica italiana hacía inviable la contratación de jornaleros, aun cuando la mayoría se hacía sin contratos ni prestaciones. Tampoco le pagaron lo convenido, le dieron 750 euros porque la primera semana era, según le dijeron,

de adaptación, a pesar de que Jasón había desempeñado las mismas actividades que los demás jornaleros. Las condiciones de habitabilidad eran difíciles, vivía en un pequeño barracón con camarotes para 8 personas, la mayoría inmigrantes del norte de África, solo había un baño, una cocina de dos fogones y una mesa con dos sillas. El calor era lo que peor llevaba, el techo de zinc del barracón provocaba un aumento de la temperatura, que sumado a las largas jornadas al sol, le impedían conciliar el sueño con facilidad y cuando lograba dormirse por cansancio, el calor lo levantaba en la madrugada. Era un infierno. La poca cobertura de la zona le impedía comunicarse con Bibiana, así que solo podía hacerlo el domingo cuando iban hasta Bari para llamar a sus familias. Con todo lo malo que tenía ese lugar, no le hubiese importado estar más tiempo, con tal de poder enviar dinero a Colombia. Pero la suerte no lo acompañaba. Así que no tuvo más remedio que volver a Sevilla con su hermano, tres meses después de su partida.

A su vuelta nada había cambiado. Durante la última parte del verano tuvo trabajo como jardinero en los grandes chalets y en los pequeños hostales que se encontraban cerca a las playas de los Caños de Meca. Aunque no ganaba mucho, le daba para enviar a Colombia y seguir afrontando los créditos que junto a Bibiana adeudaba. Pero una vez concluido el verano, la situación económica empeoró, y prácticamente no tuvo fuentes de ingreso en otoño. Su hermano seguía asumiendo los gastos del piso pero era evidente que ya no se avistaba una salida a esta situación. Por otro lado, había comenzado a experimentar estados de depresión. La distancia con su esposa e hija le afectaba bastante y se le hacía muy duro permanecer tan lejos de ellas. Tendría que retornar. El problema principal es que no contaba con recursos para hacerlo y su hermano tampoco podía costear el viaje.

Por medio de un amigo de Pedro que había retornado unos meses antes, Jasón conoció AESCO. Presentó su solicitud y tras una valoración con la trabajadora social de la entidad fue seleccionado como beneficiario del Retorno Voluntario Asistido. Para Jasón era la mejor noticia, le permitiría finalizar todo este periplo de precariedad que había estado viviendo. Desde que llegó vivía con miedo por la salud de su familia. De Colombia llegaban noticias casi a diario sobre la muerte de familiares de amigos y conocidos. Le aterraba la idea de no volver a ver a sus padres y abuelos, pero sobre todo, que le pasara algo a Bibiana y a la pequeña Aurora.

Hablaba a diario con su esposa y descubría la felicidad que le embargaba saber que retornaría, nada empañaba ese sentimiento, ni siquiera las deudas que iban aumentando, pues el gimnasio, como muchos otros negocios, tuvo que cerrar

durante el confinamiento y las medidas de distanciamiento e higiene no incentivaban a las personas a visitarlos. Pero incluso el desastre económico no hacía sombra a los deseos que tenía de encontrarse con su familia. Había descubierto con este viaje de desilusión la única necesidad insustituible: Bibiana y Aurora, todo lo demás era prescindible. También asimiló que su salida del ejército, aunque apresurada, se veía motivada en el fondo por el miedo de perderlas o de que ellas lo perdieran.

El 4 de febrero de 2021 Jasón retorno a Colombia. El dinero de ayuda —450€— lo utilizó para reabrir su gimnasio. Lo que le depara el futuro es algo que ya no le obsesiona como antaño, lo único que quiere es permanecer al lado de su familia y afrontar juntos los desafíos que les ponga la vida. Incluso, aun si le hubiese ido bien en España, no habría podido permanecer por más tiempo. Nunca en su vida había experimentado la depresión, una tristeza constante que le embargaba en un fatalismo que no podía salir. Tan solo cuando hablaba con Bibiana se armaba de nuevo de pensamientos positivos, pero poco le duraban y volvía a caer en un estado de pesimismo y melancolía. Jamás en su vida se había sentido así, experimentando esa sensación de derrotismo y baja autoestima. Ese estado le había parecido lo peor de su trayecto migratorio. No se reconocía. Se veía débil. El retorno fue el final de un camino que le había enseñado que el dinero no reemplaza a la familia y que las necesidades económicas se pueden afrontar cuando se tiene a las personas a las que se quiere.



SOLVANA

Silvana nació en Barrancabermeja, pero con 6 años se trasladó con su familia a la ciudad de Ibagué donde creció junto a sus padres Manuel y Lucrecia y sus hermanos mayores Edwin y Luis. De clase media baja, la familia tenía en propiedad una vieja casa de dos pisos en un barrio residencial de la ciudad. Su padre, maestro de obra se separó de su madre, cuando Silvana tenía 13 años.

En su último año de colegio se enamoró con Osvaldo con quien tuvo a su hija Alejandra. No fue fácil para Silvana terminar los estudios ese año, el colegio femenino en el que estudiaba intentó expulsarla por mal ejemplo, pero gracias a una tutela tuvieron que readmitirla y pudo completar sus estudios. En cuanto a su relación con Osvaldo, no duró mucho, ese mismo año terminó y él abandonó sus responsabilidades como padre.

Con los primeros años de vida de Alejandra, Silvana dejó atrás la inocencia y descubrió los sacrificios y esfuerzos que conllevaba ser madre. El temperamento alegre y jovial de sus años de colegio dio paso a una desconfianza y hostilidad hacia sus relaciones sentimentales, que duraban poco.

Desde el nacimiento de su hija, se convencía, que, salvo por su familia y sus amigos cercanos, no podía confiar en nadie más, el resto de personas solo intentarían aprovecharse de ellas. Los años de sacrificio cuidando a su hija y trabajando en una pizzería, curtieron el carácter de Silvana, que no echaba en falta tener una pareja o construir su propia familia. Vivía en la casa de sus padres, o mejor, vivía solo con su madre, pues su padre vivía con su nueva familia y sus hermanos se habían independizado muchos años antes que ella terminara el colegio. Así que la casa familiar era más que suficiente para las tres mujeres. En cuanto a la manutención económica de la vivienda, la madre de Silvana trabajaba como cocinera en un pequeño restaurante y con el trabajo de Silvana, tenían el dinero suficiente para afrontar los gastos del hogar.

Madre e hija hablaban en ocasiones del futuro de Alejandra. Ambas sabían que no podrían ofrecerle, tal y como estaba la situación, muchas oportunidades de estudio cuando la niña terminara el colegio. Por otro lado, Silvana quería tener su propio negocio. Lo lógico era apostar por un puesto de comidas como en el que trabajaba, sabía cómo funcionaba, sabía la preparación y qué se necesitaba para mantenerlo a flote; llevaba muchos años trabajando en la pizzería y se conocía todos sus entresijos. Aunque entendía que su experiencia era la gran baza para apostar por ese tipo de negocio, lo que le apasionaba no era hacer comidas, sino todo lo que tenía

que ver con el cuidado de la piel. Su verdadero sueño era crear una clínica de belleza donde los clientes pudieran encontrar un lugar de relajación con masajes y técnicas de hidratación para la piel que permitiera a las personas escapar, por un breve instante, de las rutinas estresantes de sus vidas. Pero ella sabía que ese tipo de negocio necesitaba más espacio y más recursos que el de la comida, así que este último se convertía en el paso seguro y necesario, antes de alcanzar su sueño.

Consideraba que la vida había sido un poco injusta con ella, pues un error de juventud había condicionado su futuro, quería a Alejandra con locura, no solo era su hija, era su confidente y su compañía, con ella se sentía fuerte y segura, pero eso no quitaba que considerara que con ellas la vida había cometido una injusticia, al negarle las oportunidades que a otros les llegaba sin esfuerzo, o la ligereza que tenían muchos para descargar sus responsabilidades paternas, como era el caso de Osvaldo, que nunca había respondido ni económica, ni emocionalmente con su hija, y por el contrario, vivía una situación económica mucho más holgada que ella.

Silvana sabía que debía labrarse su propio destino, por eso consideraba que una pareja, salvo que valiera la pena para su futuro, era en su vida una distracción que no se podía permitir. Tampoco había conocido a alguien que fuera más allá de lo superficial, era consciente que la mayoría se acercaban a ella por su belleza. Sabía que tenía un atractivo especial y se esmeraba por conservarse con cremas y tratamientos para la piel.

Las parejas que había tenido repetían el mismo ciclo, mostraban una cara al principio de la relación, en la que la nobleza, el esfuerzo y la tolerancia eran las principales bazas de presentación, para luego mutar en impulsos de dominación y sometimiento, que ella percibía como las verdaderas intenciones y que salían cuando la relación se afianzaba con el paso del tiempo. Se convencía que solo la buscaban para que ella cumpliera el papel secundario de la vida, el de los trabajos del hogar, la crianza y la sumisión incondicional a los caprichos de su pareja.

Perdía la esperanza de encontrar a alguien que la valorara y quisiera verla avanzar en sus sueños de emprendimiento. Así que sus ilusiones no se encaminaban a encontrar pareja. Lo que le motivaba era encontrar junto a su madre y su hija una comodidad económica que les permitiera tener facilidades para estudiar, viajar y comprar.

Pero los sueños, son eso, sueños. Silvana sabía que mientras no tuviera un salario mejor, que le permitiera ahorrar, esos sueños seguirían siendo tan evanescentes

como siempre lo habían sido. Sus gastos no daban para ahorrar, además, tanto su madre como ella tenían trabajos informales, no tenían pagas extras ni contrato, ni prestaciones. Tampoco podían arriesgarse a perder sus trabajos, llevaban muchos años con ellos y no podían poner en riesgo la pequeña estabilidad que tenían.

Pero el tiempo intempestivo llegó, y la oportunidad se cruzó en forma de viaje. Silvana tuvo contacto con una vieja amiga de la infancia, casada y asentada desde hace varios años en España. La invitó a ir. Le dijo que podría intentar trabajar allí, ella le facilitaría la vivienda mientras conseguía trabajo. Le contó que una persona podría ganar 1000 euros al mes, y si Silvana era organizada, le serviría para pagar su manutención y ahorrar un buen capital que le permitiera volverse a Colombia y abrir su propio negocio. Este no era el caso de su amiga, pues con su esposo tenían pensado permanecer en España y hacer vida allí.

La oferta era tentadora, la oportunidad única. Posiblemente en Colombia pasarían otros 10 años y seguiría igual, sin posibilidades de progreso.

Silvana quería tener la posibilidad de prosperar, eso que solo veía en la vida de las personas privilegiadas. Pero, sobre todo, quería que su hija tuviera las oportunidades que ella no tuvo, que escapara de los errores que ella cometió, que accediera a una vida de oportunidades. Tenía que arriesgarse, no habría otra posibilidad como esa. Además, contaba con el apoyo de su madre, que estaba dispuesta a apoyarla. Eran dos generaciones de mujeres decididas a cualquier sacrificio para romper con el ciclo de pobreza y frustración al que parecía destinada la pequeña Alejandra.

El viaje era peligroso. No conocía a nadie, salvo a su amiga Graciela, a la que llevaba 20 años sin ver. Silvana no era de tomar decisiones arriesgadas, era conservadora y temerosa, la vida le había enseñado a dar vueltas a las cosas hasta su extenuación. Pero aquella oferta de viaje, tan imprevista, le seducía, le susurraba en sus pensamientos con promesas de prosperidad, de fortuna, aquello solo se presentaría una vez y debía tenerse arrestos de valentía para tomarlo. Si no arriesgaba ahora, no lo haría nunca.

Tenía que ser valiente, estaba en juego lo que durante años había soñado, podía materializar lo que había imaginado. No era momento de tener prudencia, ni desconfianza, vista sus posibilidades en Colombia, su cualificación, su experiencia, difícilmente se le presentaría una oportunidad de esta magnitud. Habló con su madre, quien como ella veía a través de los sueños y reflejaba el cansancio de la desdicha. Lucrecia, su madre, se encargaría de cuidar de Alejandra durante el año o

año y medio que Silvana estuviera fuera de Colombia. Para ayudarse con los gastos alquilaría dos habitaciones de la casa, que les permitiera ayudarse un poco con los gastos mensuales. En cuanto a Silvana, tendría libertad para preocuparse exclusivamente por ahorrar lo suficiente para que, a su vuelta, las tres mujeres emprendieran la independencia económica que tanto anhelaban.

Silvana consiguió el dinero del viaje a través de sus hermanos y su padre, que aun con sus discrepancias, deseaban que ella tuviera éxito en la empresa a la que se embarcaba. Contó con el apoyo de toda su familia y los buenos deseos de sus amigos; algo que le generaba alegría, pero también preocupación, se sentía responsable de no fracasar, de no devolver con problemas los sacrificios que todos hacían para verla triunfar. Si tuviera mejores oportunidades en Colombia podría decir que tenía una vida envidiable, con seres que ella quería y que la querían, emocionalmente se sentía complacida, no ambicionaba más de lo que tenía.

Así que presta a aprovechar la oportunidad se preparó para emprender el viaje que la llevaría a Barcelona. Llegó a finales de noviembre de 2019 y fue recibida por su amiga Graciela, quien le ayudó los primeros días a conocer la ciudad y la contactó con personas que podrían conseguirle trabajo. Pronto Silvana cayó en cuenta, que en su situación irregular solo podría aspirar a dos tipos de trabajo, limpiando pisos o haciendo labores en el servicio doméstico. En diciembre consiguió su primer trabajo limpiando un piso una vez por semana, por el que le pagaban al mes 200€. Vivía en casa de Graciela, quien no le cobraba alquiler y solo tenía que aportar para la comida. En enero las cosas mejoraron y consiguió dos pisos más para limpiar, por lo que ganaba lo suficiente para alquilar una habitación en casa de una nueva amiga colombiana que había conocido por medio de Graciela.

Las cosas iban a mejor, tenía más trabajo, que le daba para ahorrar y pagarse sus gastos. En Colombia las cosas iban marchando. Alejandra estaba al cuidado de Lucrecia y no les hacía falta nada, además, pronto empezaría el colegio y la abuela tendría más tiempo libre. Hablaba regularmente con ellas y las tres mantenían buenas sensaciones sobre la aventura emprendida por Silvana. El ritmo de ingresos que tenía, supondría permanecer más de un año en España, pero con algo de suerte, le saldría más trabajo. En cuanto a la adaptación a su nuevo entorno, Silvana parecía satisfecha, el cambio no había sido tan drástico, la gente por lo general era amable, y en poco tiempo, ya entendía lo básico para moverse por la ciudad. Lo único que llevaba un poco mal era el frío, sobre todo en las mañanas cuando las temperaturas eran tan bajas que sentía que se le metía el frío por los huesos.

En febrero siguió con sus trabajos, pero en marzo todo dio un vuelco. En España se decretaba el estado de alarma y un confinamiento total. De un día para otro, Silvana quedó encerrada en su habitación sin posibilidad de seguir trabajando. Contaba con los pequeños ahorros que había acumulado, que le daban para capear por lo menos dos meses austros de manutención.

Pero el confinamiento no solo duró más de dos meses, sino que echó por tierra sus sueños de independencia económica. Al tercer mes tuvo que dejar la habitación y volver donde Graciela que la acogería en el salón, siempre que su marido, Ernesto, se encontrara de viaje. En los días en que Ernesto se encontrara, Silvana volvería a casa de Alexa, donde alquiló su habitación, allí podría dormir en el salón los días que no pudiera donde Graciela. Ambas mujeres eran buenas con ella, pero también tenían sus propias necesidades y ella lo sabía. Enero y febrero, sus mejores meses en España habían pasado fugazmente; pero marzo, abril y mayo, parecían eternos, sin trabajo, tenía todo el tiempo para cavilar, para comerse la cabeza pensando en que las cosas irían a peor, o también, para sugestionarse con que los malos tiempos pasarían y volvería a encontrar trabajo. Y aunque el confinamiento terminó, las cosas no volvieron a ser igual para Silvana. Sus antiguos trabajos no estaban ofertados, las necesidades económicas por las que pasaba la mayoría de personas provocaron que el servicio de limpieza y doméstico se convirtiera para los particulares en un lujo no indispensable dentro de las prioridades que tenían producto de la pandemia.

Era julio de 2020 y Silvana vivía prácticamente de la caridad de sus dos amigas. La comida y la vivienda corrían por cuenta de la generosidad de las dos mujeres, que no podían dejar de preguntarle a Silvana qué tenía pensado para el futuro a corto plazo. Lo bueno era que su situación familiar en Colombia no había tenido mayor cambio, al cuidado de Alejandra seguía Lucrecia y no pasaban ninguna necesidad económica, ni habían enfermado.

La tristeza la generaba Silvana, pues su situación era difícil y el sacrificio de distanciarse de su hija y de su madre parecía haber sido en vano. Las tres mujeres llevaban en silencio la angustia del porvenir y no sabían cuándo volverían a encontrarse. Silvana se sentía sola, con ganas de llorar y de maldecir su suerte. Con qué clase de desgracia cargaba que cuando parecía tener una oportunidad de realizar sus sueños veía cómo la fortuna se transformaba en desgracia. Ni siquiera podía sentir arrepentimiento de haber venido, pues antes de que apareciera la pandemia parecía que podía conseguir sus metas, incluso se había sentido afortunada de encontrar

trabajo con tanta rapidez. Y la desgracia no fue por ella, ni por los jefes que tuvo, ni por las caseras donde vivió, solo había tenido mala suerte, su aventura había coincidido con una pandemia que había paralizado el mundo como nunca antes había sucedido. Justo en el momento en el que ella decidió ir a otro país a buscar trabajo, las condiciones de vida cambiaban. Cada vez que lo pensaba se frustraba, y se llenaba de rabia, pero también de miedo de que Graciela y Alexa se cansaran de ella y le pidieran que se fuera. Viviría en la calle. Esa idea la paralizaba, cómo podía terminar así, qué había hecho para merecer eso.

Todos los días buscaba por internet oportunidades de trabajo, todas enfocadas a la limpieza, porque era el único oficio que podía desempeñar en su situación administrativa, recorría el barrio, visitaba los locutorios y tomaba cuanta oferta encontraba en la calle, llamaba, pero no era tenida en cuenta.

Y así llegó el mes de agosto. Encontró en el barrio una oferta para limpiar un piso de un particular. Llamó y sintió una indescriptible alegría al escuchar que era la elegida para hacer el aseo de un piso dos veces por semana por 300€ al mes. Era el fin de la mala racha y el comienzo de mejores tiempos. Su rostro se iluminó, vio con otro cariz sus posibilidades. Le contó las buenas noticias a Graciela y Alexa, y se alegraron por ella. Silvana pensó entonces, que en España al igual que en Colombia, había encontrado personas en las que podía apoyarse y que la apreciaban sinceramente. Ahora solo quedaba corresponderles dando su mejor esfuerzo y trabajar duro para devolver lo que le habían ayudado durante la pandemia.

Salió temprano para llegar con puntualidad al piso que había quedado de limpiar a partir de las 16:00. Quedaba a 20 minutos andando de la casa de Graciela. Al llegar fue recibida por Joaquín, un señor que rondaba los 55 años, delgado, de pelo grisáceo, y temperamento amistoso. Le mostró por encima el piso y le explicó lo que quería que limpiara. Poco después se despidió de Silvana, no sin advertir que volvería en torno a las 20:00 horas.

La vivienda no era muy grande, situada en una tercera planta tenía dos habitaciones y un baño, además del salón y la cocina. Los muebles parecía que habían pasado de padres a hijos y tenían varios años, era una casa anticuada y que, por el polvo acumulado, evidenciaba que no acostumbraba a ser aseada. Silvana se implicó en su labor con diligencia y consiguió terminar antes de que volviera Joaquín. Que al entrar quedó sorprendido por el cambio y el olor frugal que desprendía el espacio. Entonces, su rostro dejó ese aspecto amable y se tensó. Sin rodeos y con gesto serio,

le dijo a Silvana que pagaría lo acordado siempre que ella tuviera relaciones sexuales con él, en caso contrario, bien podría irse y le pagaría 30€ por el aseo.

Silvana no podía dar crédito a lo que oía. Sentía cómo la sangre le subía a la cabeza, quería insultarlo, golpearlo, hacerle sentir el dolor que ella estaba sintiendo. Le sorprendía ver la frialdad con la que le hacía una propuesta tan repulsiva, la seriedad de su rostro, ese gesto frío, como si aquella amabilidad y cortesía no fueran más que impostadas. Quería tomarlo por el cuello hasta que su tez blanca se tornara morada. Pero qué clase de castigo vivía, lo que deseaba con toda su alma era recriminarle lo bajo y desgraciado que tendría que ser para aprovecharse de la necesidad de mujeres como ella.

Pero entonces la rabia dio paso a la resignación, por el que se filtró un fugaz pensamiento, que de inmediato se recriminó: ¿cómo era posible que en el fondo de su ser ella se planteara por un instante aceptar semejante aberración? Lo cierto es que sentía lastima de sí misma, esto era lo mejor que había encontrado durante los últimos 6 meses. La desesperación poco a poco tomaba posesión de ella, el orgullo se esfumaba y el compromiso de no defraudar a su hija y a su madre, le llevó entre lagrimas a aceptar la propuesta de Joaquín.

Durante dos meses Silvana se prostituyó para poder mantenerse en España. Nunca había sido tan infeliz, ni había sentido vergüenza de sí misma. Dos veces por semana pasaba por encima de su orgullo y hacía cuanto estaba a su alcance para sobrevivir. Aquello le alcanzaba para seguir viviendo donde sus amigas. Pero el paso del tiempo le mostraba que su situación no cambiaría, la pandemia no parecía que fuera a resolverse en el corto plazo, y su aventura en España probablemente no continuaría.

Tenía que irse. No dejaba de llorar. Todos los días se levantaba llorando, no quería seguir viviendo así. Tomó fuerzas y le contó a Graciela y Alexa lo que estaba viviendo. Sus amigas se lamentaron por lo que Silvana había pasado y lo injusto que se volvía el mundo para los que menos tenían.

Había que tomar decisiones y la primera era reconocer que no tenía sentido seguir haciendo sacrificios solo para seguir viviendo en España. Silvana tendría que volver a Colombia. Por medio de conocidos lograron encontrar el programa de Retorno Voluntario, en el que se inscribió y dada su situación fue seleccionada. El 25 de enero de 2021, poco más de un año después de haber venido, Silvana tomó un vuelo rumbo a Colombia, donde se reencontró con su familia.

A ellos les contó parte de su experiencia, reservándose para sí los momentos más dolorosos que la vergüenza no le permitía desahogar. Con todo, Silvana no considera que su situación en España, de permanecer, hubiera mejorado. Su viaje fue un despropósito que solo le trajo vivencias desagradables, pero el poder regresar y reencontrarse con su hija, con sus padres, sus hermanos y sus amigos, resultaba invaluable, pues por momentos, la distancia que tuvo con ellos pareció insalvable.

Hoy vive con su madre y con su hija y ha encontrado trabajo como camarera en un restaurante importante de la ciudad. Espera que con el trascurso de los meses las cosas en su vida vuelvan a la normalidad. Y aunque el dinero en su vida siempre ha escaseado, piensa que no vale la pena arriesgarse a perder lo poco que se tiene por algo que nunca se ha tenido.

FRANCISCO



La historia de Francisco en España se divide en dos etapas. La primera va del año 2004 hasta el 2012 cuando decide retornar a su ciudad de origen, Cali, Colombia. Como muchas personas, Francisco emprendió el viaje hacia España con la esperanza de encontrar nuevas oportunidades que le permitieran mejorar su situación económica. Tenía por aquel entonces 32 años y había emprendido la aventura dejando en Colombia a su esposa Sandra con la que llevaba 3 años de casados y a su hija Camila que apenas contaba con 2 años de vida. Le habían comentado que era fácil encontrar trabajo y ganar el suficiente dinero para vivir y enviar a su familia. En efecto, Francisco no tardó ni una semana en encontrar trabajo en la construcción a pesar de que había entrado como turista al país. Había comenzado su andadura con buen pie. Aunque el trabajo era pesado y con jornadas de 8 horas seguidas, ganaba buen dinero para vivir cómodamente y compartir un piso con otros colombianos. A Sandra le enviaba remesas que alcanzaban para que esposa e hija vivieran en un apartamento amplio y pagaran las cuotas del préstamo que habían pedido para costear los gastos del viaje.

Las cosas no podían ir mejor, cuando el jefe de Francisco le ofreció regularizarlo por medio de un contrato laboral. Por aquella época, España emprendía una segunda ola de regularización a causa del incremento de población extranjera que trabajaba en el país sin la documentación de residencia. Era mano de obra que el país necesitaba en puestos de trabajo que no eran de interés para la población nativa, mayoritariamente en el sector de servicios.

Obtener documentación de residencia solo 9 meses después de haber arribado a España, parecía un sueño. En solo un año Francisco ya no contemplaba ahorrar para retornar, sino reagrupar a su familia en Valencia, donde residía desde que había llegado. En solo 2 años Sandra y Camila se encontraban con él en España en un amplio piso de cuatro habitaciones. Y la familia no tardaría en crecer. En 2007 nacería Antonia y a finales de 2008 llegaría Daniela. Durante estos años, Sandra no tuvo necesidad de trabajar y se ocupó exclusivamente al cuidado de sus hijas.

El trabajo de Francisco era estable, para entonces era operario en una fábrica de alimentación y envasado. Llevaba 4 años en la empresa, cuando a finales de 2010 recibió la mala noticia de su despido a causa de la quiebra de la empresa, que, como muchas otras, echaban el cierre ante la caída de las ventas provocada por la crisis económica. A Francisco le cogió la crisis con margen de maniobra. Muchos de sus

amigos habían perdido sus trabajos durante el 2009 y algunos habían retornado a sus países durante el 2010. Sabía que también él entraría en la misma situación, pero mantenía la esperanza de que la fábrica soportara la crisis. No sucedió. Y parecía que el final de la crisis no se veía cercano. Por fortuna no había comprado casa, así que el impago y la pérdida del inmueble, como le había sucedido a muchos de sus amigos, no era su caso. Pero, por otro lado, su familia solo contaba con su entrada, que daba para vivir holgadamente pero no para tener ahorros. Tenían poco margen de manio- bra. Así que luego de hablarlo con Sandra se pusieron un límite, si su situación no cambiaba, retornarían a principios de 2012 a Colombia.

Y así fue. Retornaron a Colombia con ahorros de las prestaciones de sus años como operario de la fábrica que invirtieron en cubrir el primer año de alquiler del apartamento en el que la familia se instalaba a su vuelta a la ciudad de Cali. Francisco y Sandra notaron el cambio. El dinero ya no alcanzaba como antaño y ambos tenían que trabajar para costear los gastos de la casa, que a medida que las niñas crecían aumentaba. Tenían la ayuda de los padres de Sandra, que no solo cuidaban de sus nietas, sino que, en ocasiones, apoyaban económicamente con el pago del alquiler o de gastos escolares.

Sandra había encontrado un trabajo como recepcionista de una empresa de transporte. Allí ganaba un salario mínimo que no daba para cubrir los gastos. En cuanto a Francisco, los años de estabilidad laboral que vivió en España dieron paso a distintos trabajos que no le ofrecían buena remuneración ni posibilidades de ascen- so. Era frustrante, había pasado por la pintura de casas, la carpintería, la fundición, la venta ambulante de productos y finalmente taxista. Este último trabajo era el que mejores dividendos le dejaba. Sin embargo, le suponía un estrés diario de búsqueda de pasajeros, así como largas jornadas en las que debía cubrir en primer lugar la cuota diaria de 50.000 pesos que le exigía el propietario del vehículo para luego re- unir por lo menos 40.000 pesos para llevar a su casa. Trabajaba 6 días a la semana y los viernes y sábados en jornada nocturna, con la esperanza de obtener más dinero y compensar los días flojos. El dinero que reunía, más el que ganaba Sandra, daban para vivir con lo justo.

La pareja veía cómo pasaban los años y la situación no cambiaba. En Co- lombia tenían a sus familias y sus amigos, pero económicamente los trabajos solo les daba para sobrevivir. Era un estancamiento, ninguno de los dos podía aspirar a ganar más dinero del que ya ganaban, no tenían estudios, y aunque Francisco tenía experiencia y conocimientos de distintos oficios ninguno estaba bien remunerado.

Los años en que un solo trabajo daba para dar buenas condiciones de vida a una familia habían quedado atrás. Era un recuerdo afable, de los mejores años de Francisco y Sandra. Llenos de ilusión, de comodidad y de alegría. Lejos de los suyos, pero sin angustias ni sobresaltos.

Ambos pensaban mucho en el futuro. Ya no eran jóvenes. Pasaban los 40 años y las niñas crecían. Para el 2017 Camila tenía 15, Antonia 10 y Daniela 9 años. Pronto Camila terminaría el colegio y tendría que entrar a la universidad. Ambos eran muy conscientes que parte de su estancamiento salarial venía por la falta de estudios que les permitiera acceder a puestos con mayor remuneración. No querían que sus hijas pasaran por la misma situación, querían ofrecerles las oportunidades que ellos no tuvieron. Así que tomaron una decisión: Francisco volvería a España. Unos años antes de partir, Francisco había obtenido la tarjeta de residencia de larga duración, la tarjeta de 10 años que vencía en mayo de 2019. Ninguno había olvidado esta circunstancia, pero antes de tomar la decisión querían intentar todo cuanto estuviera a su alcance para evitar de nuevo la separación familiar. Pero sus posibilidades les empujaban a elegir el mismo camino. Si Francisco no viajaba antes del vencimiento, perdería la oportunidad de entrar en situación regular a España y acceder a un empleo formal. En Colombia estaba visto que su situación no mejoraría y los gastos, por el contrario, aumentarían. Además, habían escuchado que la situación en España comenzaba a mejorar y si todo iba bien, con el tiempo podrían intentar de nuevo instalarse allí con toda la familia. La apuesta merecía la pena y como mínimo, Francisco pasaría dos años en España ahorrando dinero que les permitiera o comprar una casa en Colombia o poner un negocio que aumentara las entradas de la familia.

Con estos objetivos Francisco tomó un vuelo rumbo a Valencia el 12 de noviembre de 2018. Llegó a casa de unos amigos que le dieron hospedaje el primer mes. Logró conseguir un pequeño trabajo en la instalación de bombas de calor, pero aquel trabajo era de media jornada y solo duró 3 meses. Le dio para vivir en una pequeña habitación y enviar una cantidad a Colombia. Pero el tiempo pasaba y no conseguía un nuevo trabajo y el tiempo para renovar sus documentos llegó y no obtuvo un contrato de trabajo para renovar sus papeles. Había perdido el primer objetivo de su viaje y ya no tenía residencia en España, había sobrevenido la irregularidad. Conseguir trabajo empezó a ser una cuesta mucho más difícil de superar.

Solo 6 meses después de haber llegado a España, Francisco estaba desempleado, debía 1 mes del alquiler de habitación y no tenía papeles de residencia. Aun

le quedaban contactos laborales de su anterior etapa que le permitía trabajar horas sueltas en pintura, laminados y plomería. Pero aquello no daba ni siquiera para vivir. Necesitaba alrededor de 400€ para cubrir los gastos del mes, pero con los días sueltos que trabajaba no llegaba a los 300€. Llevaba dos meses sin poder enviar a su familia, que seguía teniendo los mismos gastos y una entrada menos, vivían del salario de Sandra y de las ayudas que sus padres les daban cada mes. El viaje había sido una oportunidad para encontrar mayores entradas económicas, pero se había revertido en un desfaldo económico que estaba produciendo deudas mes a mes.

La situación de Francisco no mejoraba y ya no podía seguir viviendo en la habitación. Acumulaba varios meses sin pagar y tuvo que salir. Fue en primer lugar a casa de unos amigos que lo acogieron y le permitieron vivir en el sofá por unos días, pero con el tiempo, tuvo que salir. El trabajo que conseguía era muy esporádico. Comenzó a visitar los comedores sociales y a dormir días sueltos en una banca en la calle. En esos días visitaba un albergue donde le permitían asearse. Lo que conseguía intentaba enviarlo a Colombia, ya no le importaba las condiciones en las que vivía, lo único que quería era que su estadía tuviera algo de sentido y las deudas del viaje se pudieran cancelar.

Pasaba frío y ya estaba acostumbrado a quedarse dormido en las bancas de los parques. En ocasiones los policías lo reprendían por dormir en las plazas, pero ya estaba un poco habituado. Los primeros días que durmió en la calle fueron muy duros, no solo por el clima, sino por el miedo que sentía de que le fuera a pasar algo o que la policía se lo llevara.

Emocionalmente, por otro lado, se encontraba fuerte. No sentía pesar por su situación y aunque en Colombia nunca había dormido en la calle, ni visitado comedores sociales o albergues para conseguir asearse, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para ayudar a su familia. El golpe más duro de esta segunda etapa en España, lo había recibido con la pérdida de su residencia, pues todos sus sueños de enviar dinero a Colombia o traer a su familia a España se enterraron con la irregularidad. Así que solo quedaba hacer todo cuanto estuviera a su alcance para que el paso dado tuviera algún sentido. Lograba trabajar entre 8 y 16 días al mes, lo que le dejaba entre 200 y 400€ que iban íntegramente a Colombia. Se le había metido en la cabeza que no destinaría dinero en su supervivencia. Sin embargo, muchos de sus amigos y antiguos jefes sentían lastima por la situación que estaba viviendo.

Tres meses llevaba viviendo intercaladamente en la calle, en albergues socia-

les y días sueltos en casas de amigos. Uno de ellos le proporcionó como vivienda una nave en la que podría quedarse el tiempo que quisiera. El almacén guardaba mercancías y herramientas y no estaba habilitado como vivienda, carecía de servicios de agua y luz, pero era un lugar en el que podía pasar las noches sin correr riesgo. Sin embargo, las condiciones en las que estaba viviendo le iban a traer consecuencias. Francisco comenzó a sentir dolor en las articulaciones, el dolor era muy fuerte y le impedía mover las manos. Con el pasar de los días las dolencias aumentaron y le impidió trabajar. Logró ser atendido en urgencias a pesar de que no tenía papeles. Allí le hicieron pruebas y unos días más tarde le diagnosticaron artritis reumatoide. Francisco no podría acceder al tratamiento por su situación de irregularidad. Tampoco podía seguir viviendo en la nave, pues las bajas temperaturas de la noche no ayudaban a sus articulaciones. Sus amigos, muchos en situaciones precarias y con las mismas necesidades económicas, accedieron a alojarlo por días intercalados, de tal forma que Francisco siempre tuviera un techo y la comida.

En cuanto a los trabajos de instalador, de pintura, de lavado de coches o de plomería de baños, eran cosa del pasado. Sin tratamiento, el esfuerzo y el dolor le impedían a Francisco seguir ejerciendo ese tipo de trabajos. Todas las dolencias que había soportado no habían logrado derrumbar su templanza. Cada circunstancia negativa la asimilaba con estoicismo, pero la artritis le quitó la ilusión de enviar a remesas a su esposa. Sin tratamiento no podría trabajar, ni enviar dinero a su familia y en cuanto volviera se convertiría en una carga para su familia que tendría que costear los gastos del tratamiento, si quería volver a trabajar y llevar una vida normal.

Se sentía avergonzado y débil. Esta segunda etapa había sido una pesadilla comparada con la anterior y le dejaba dolencias permanentes de las circunstancias que había vivido. Y aún no le había contado a Sandra de su enfermedad. Ella no le echaría nada en cara, siempre se habían apoyado en todas las circunstancias y ambos tenían el propósito de sacar a sus hijas adelante. Pero sentía vergüenza de su situación, contrario de ser la solución, llevaba a su familia otro problema y más necesidades económicas. Por insistencia de sus allegados en España, Francisco le contó a Sandra su dolencia. Ambos sabían que la mejor opción era el retorno. Comenzar de nuevo en Colombia, recuperarse de sus dolencias y dejar atrás el año y medio que había pasado en España, en los que Francisco estuvo dispuesto a vivir experiencias de miseria y que Sandra y su familia desconocieron. El amor y el deseo de ver a sus hijas con las oportunidades que ellos no tuvieron, lo impulsaron a sobrevivir en un país en el que las posibilidades para personas en situación irregular son siempre

escasas, y los empuja día a día a una mayor precariedad.

Retornó a Colombia en febrero de 2020. Con el apoyo de sus padres y sus suegros ha hecho frente al tratamiento para tratar la artritis y que le ha permitido volver a retomar su oficio como taxista. Viven como antes de que Francisco viajara, con lo justo. Pero aprecian que se encuentran juntos y que si bien, las necesidades económicas seguirán acompañándolos, ninguna de éstas merece el sacrificio y la pérdida de la salud.

A woman in a denim dress is walking away from the camera on a rocky, unpaved path, holding the hand of a small child. The child is wearing a white crop top and blue pants. The background shows a concrete wall and a tree. The image is overlaid with large, white, stylized text. The text is set against a background of colorful geometric shapes: a blue triangle in the top left, a green triangle in the top right, an orange triangle in the bottom left, and a purple triangle in the bottom right.

PAULCA Y NEREA

Esta historia tiene por protagonistas a dos mujeres: Paula de 30 años y Nerea de 29 años. Paula es de carácter fuerte, decidida y arriesgada. Le gusta ayudar, proponer y empoderar. En su natal Yopal era una líder, de espíritu organizativo y beligerante que no dudaba en alzar la voz para encarar las propuestas que mejoraran las condiciones de su barrio. Ese espíritu indómito puede que en ocasiones atentara contra su sentido de la conservación. Pero ella es de aquellas mujeres que no pueden cerrar los ojos ante las injusticias, y el miedo no apresa sus palabras, ni sus actos. Resolutiva y altiva era conocida en toda Yopal como vendedora de artesanías que ocupaba parte de su tiempo en participar en las problemáticas de la comunidad.

Paula tenía un novio, Alfredo, de profesión sastre y con el que llevaba 8 años conviviendo en una pequeña casa que había heredado de su difunto padre. Todo transcurría en aparente calma, y aunque no tenían dinero para tirar por los balcones, vivían sin afanes, felices, y todo cuanto deseaban lo tenían, sus puestos de trabajo, un techo en el que vivir, y una ciudad acogedora con familiares y amigos, que hacían de sus vidas un idilio. Incluso meditaban sobre tener hijos, pero ambos eran reacios a dar el paso sin asegurarse que podrían brindarles oportunidades de superación.

Todo pasaba con el trasegar cotidiano de cada día, con los afanes típicos de sus vidas, sin sobresaltos ni angustias. Pero en Colombia, a veces decir lo que se piensa es peligroso y las opiniones de Paula trajeron un día amenazas contra su vida.

El miedo se apoderó de Alfredo, no quería perderla y aunque ella estaba dispuesta a continuar viviendo en su ciudad, sabía en su fuero interno que el desenlace de su tozudez sería trágico. La burbuja de felicidad en la que habían vivido durante años, reventaba sin vuelta atrás. Los días de esa afable cotidianidad yopaleña habían llegado a su fin. Paula tendría que decidir, si quedarse y arriesgarse a morir o abandonar su ciudad natal.

Nerea era alegre, risueña y relajada. Le encantaba pasar tiempo hablando con sus amigos y todos los domingos en la tarde se reunía con ellos en la tienda de su barrio. Era el espacio en el que escapaban de sus trabajos, de sus responsabilidades y daban rienda suelta al coloquio en el que todos se enteraban de la vida de todos. Era

su momento favorito de la semana.

En cuanto al resto de sus días, ese temperamento cálido contrastaba con las experiencias desagradables que había vivido, especialmente, la mala suerte que tenía con las relaciones de pareja.

Su primera pareja había sido en la adolescencia y la abandonó cuando supo que estaba embarazada. Cuando tenía 23 años conoció a Néstor, un moto-taxista desgarrado, tímido y de trato formal, que pasado un año de relación le propuso a Nerea vivir juntos, también con Carlos, el niño que tenía de su anterior relación. A ella le gustó la idea, lo quería y él se mostraba cariñoso con ellos. Así que, sin dudar, aceptó.

Sin embargo, las difíciles condiciones económicas de la recién formada pareja les impidió independizarse, así que, como apaño temporal, se instalaron en la casa de la madre de Néstor. A los dos años de convivencia Nerea tuvo a Edgar, su segundo hijo. Néstor seguía siendo moto-taxista mientras que ella trabajaba como auxiliar de farmacia en su natal Villavicencio.

La relación entre ambos con el tiempo cambió. De los buenos momentos que tuvieron en el primer año, pasaron a las discusiones con tono altivo. Sin saber cómo, un día se instaló la violencia. Néstor empezó a golpearla. Primero fueron empujones, luego manotazos al cuerpo y finalmente golpes a mano cerrada en la cara. Su suegra intentaba defenderla, pero acto seguido, después de la golpiza, pasaba a justificar el derecho natural que tenía su hijo sobre ellas, o la que, en su opinión, tenían los hombres sobre las mujeres.

Nerea nunca había sido de temperamento triste y depresivo, pero las golpizas le crearon amargura, se sentía humillada e impotente por permitirle a ese monstruo que la golpeará y la avergonzará. La violencia no era ajena para Nerea, buena parte de sus amigas habían vivido episodios de maltrato y muchas de ellas lo normalizaban. Pero Nerea no estaba dispuesta a seguir ese camino.

Un día, sin previo aviso, tomó a sus hijos y se trasladó a casa de su madre. Denunció a Néstor por maltrato y pidió medidas cautelares, pero en vano hizo estos movimientos. El orgullo herido de Néstor, provocó un acoso ininterrumpido sobre la casa de Nerea y sobre su lugar de trabajo. Escándalos, gritos, insultos, llanto y borrachera era lo que vivía Nerea cada semana. Se sentía aprisionada por el temperamento enfermizo de su pareja, que con su orgullo maltrecho no quería dejarla en

paz.

Hablando con amigos, le propusieron a Nerea que viajara a España, dejara a sus hijos con su madre, trabajara un tiempo allí y se volviera con ahorros que le permitieran poner su propio negocio. El viaje le ayudaría a escapar del acoso de Néstor, y éste, al no verla, tendría que pasar página y claudicar en su cruzada de acosador, de ese modo, a su vuelta, ella podría recuperar una vida tranquila al lado de sus hijos.

Nerea no quería dejar Villavicencio, ni su trabajo, en el que llevaba 7 años y la apreciaban, pero los últimos años habían sido muy duros, solo acumulaba recuerdos amargos y tristes de abusos inimaginables por parte de su expareja, que se había vuelto un animal sin humanidad, sin la más mínima compasión por su sufrimiento, y que solo destilaba rabia enfermiza por haber perdido lo que consideraba su derecho, abusar de ella. Con esta perspectiva, Nerea comprendía que no tendría otra opción más que irse por un tiempo.



Con dolor, Paula tomó la decisión de irse de Yopal. Con Alfredo decidieron que ella partiría hacia España, donde, si todo salía bien se reencontrarían. Lo cierto es que hasta las amenazas, habían sido muy felices, sin dinero, pero felices. De modo que solo habían podido reunir para el pasaje de ella y gracias a una amiga de su madre, que llevaba varios años viviendo en Mallorca, habían conseguido hospedaje para las primeras semanas.

Algo importante que tendría que hacer Paula en cuanto llegara, era solicitar asilo, justificándolo con las amenazas que había recibido y que provocaba su exilio. En cuanto a Alfredo, tendría que hacerse cargo del negocio de artesanías e ir juntando dinero para emprender él también el viaje. Suponían que como máximo, estarían separados un año. Pero si todo salía bien, se reunirían de nuevo en España.

Se despidieron amargamente en el terminal de transporte y Paula no pudo dejar de sentirse impotente por la situación. El mundo que ambos se habían construido se venía abajo en cuestión de días. A ella le provocaba una rabia incontenible saber que algunas personas tenían derecho desde la clandestinidad, para destruir las vidas de otros. Nunca se sintió culpable por su situación porque nunca había provocado desgracia alguna. Se sabía inocente y se sabía víctima. Si por ella fuera no abandonaría Yopal, pero temía que a Alfredo le pasara algo como represalia.

Tomó un bus que la llevó a la capital, Bogotá, donde abordó un vuelo en escala que la llevó a Madrid y finalmente a Palma de Mallorca. Allí se encontró a Teresa, la amiga de su madre Alcira, que se comprometió a hospedarla los primeros días. En cuanto pudo, solicitó la tarjeta de asilo que le permitiría laborar, aunque lo cierto es que su experiencia en otros oficios era más bien escasa, pues casi toda su vida estuvo a cargo de su puesto de artesanías, y las preocupaciones económicas nunca tuvieron prioridad en su vida. Pero estaba dispuesta a cualquier cosa para reunirse con Alfredo.

El primer mes fue desesperante, exceptuando por dos días en los que, gracias a Teresa, fue contratada para la limpieza de unas casas por las que le pagaron 35€ euros por cada una, no tuvo ninguna otra posibilidad de empleo. Cada día que pasaba se acrecentaba su ansiedad y su desorientación, desconocía el funcionamiento de su nuevo país y no tenía dinero para pagarle a Teresa por su estadía, que amablemente le permitía seguir viviendo allí.

Hablaba por teléfono todos los días con Alfredo. Le preguntaba por todo lo que le sucedía, por sus vecinos y sus amigos, por su madre, por los padres de él, quería saberlo todo, quería sentirse allí. Pero solo era una ilusión. Estaba a miles de kilómetros de distancia, ansiosa por encontrar un empleo y con ganas de llorar por el miedo que sentía a fracasar. Intentaba animarse, no derrumbarse, ni dejarse apresar de sus instintos. Era importante mantenerse fuerte e impregnar calma y optimismo, pues Alfredo, era más sentimental y emotivo, todos los días con cada llamada, lloraba y le repetía con insistencia lo mucho que la extrañaba y la falta que le hacía. Uno de los dos tendría que guardar la compostura y no caer en el fatalismo.

Los días transcurrían y la situación no cambiaba. Paula repartía hojas de vida en cada negocio que veía y enviaba currículum a cuanta oferta encontraba por internet, pero seguía sin tener trabajo. Y la convivencia en el piso de Teresa empezaba a cambiar. Su presencia ya no era bienvenida y poco a poco comenzaron las insinuaciones para que abandonara el piso. Desesperada, Paula concurría desde hace algún tiempo a una parroquia que le brindaba ayuda, algunas veces con un pequeño mercado de alimentos y en alguna ocasión con trabajo puntual de limpiadora, pero sobre todo, le permitía desahogarse y mostrar sus miedos.

El párroco de esta iglesia, habida cuenta de la situación precaria que vivía Paula, la contactó con Jordi, un amable señor que estaba dispuesto a alojarla en su piso en el que vivía con su hijo. La oferta, en sus circunstancias, era irrechazable. Así

que tres meses después de llegar a España, Paula abandonaba el piso de Teresa y se iba a vivir al piso de Jordi. La relación con Teresa no acabó bien, pero mantuvieron la cordialidad y Paula el agradecimiento por lo que había hecho por ella.

Nerea contactó con unos conocidos que tenía en Madrid y que la recibirían las primeras semanas mientras que lograba asentarse por su cuenta. Con ayuda de su madre, consiguió un préstamo para costear el viaje y un tiempo en España. Viajaría como turista. Se despidió de los suyos sin muchos aspavientos, para evitar que se enterara Néstor. Así, salió una mañana de Villavicencio rumbo a Bogotá y de ahí a España.

A su llegada a Madrid fue recibida por Claudia, quien la hospedó en su piso en el que vivía con su pareja Manuel y sus tres hijos. La situación económica de la familia no era la mejor, ninguno de los dos trabajaba y vivían del paro que estaba cobrando Manuel desde hacía dos meses cuando acabó su contrato con el ayuntamiento como operario en el servicio de aseo. La amabilidad de la familia de Claudia no confrontaba con la sinceridad de su situación; si Nerea podía pagar su manutención, viviría con ellos, en caso contrario, debía buscar donde vivir. Con el dinero que traía Nerea le alcanzaba para dos meses, tiempo que utilizaría para buscar trabajo cuidando niños, abuelos, limpiando casas o trabajando de interna en el servicio doméstico.

La realidad es que ninguno de esos trabajos consiguió durante ese periodo y se acercaba la fecha en que tendría que dejar la casa de Claudia.

Nerea se comunicaba diariamente con su madre y sus hijos, que estaban bien y no pasaban ninguna necesidad, gracias a la pequeña pensión que su madre tenía y que daba para costear los gastos de los tres. A su madre le contaba la difícil situación económica que estaba pasando, aunque a nivel de convivencia no tenía ninguna queja, Claudia y su familia eran muy amables con ella y la trataban con la misma hospitalidad con la que la recibieron el primer día. Pero el tiempo se acababa y no tenía ningún plan de salida.

Su madre le escribió un día que una prima suya, Alcira de Yopal, tenía una hija en Palma de Mallorca con la misma situación que ella, pero con la posibilidad de vivir en un piso que le había conseguido una parroquia a la que acudía regular-

mente. Nerea la conocía, en su infancia recuerda haber coincidido con esa prima, en algún viaje familiar que hicieron a Yopal para visitar a su abuela, Constanza. La prima de su madre era Alcira y la hija de ella Paula. Sin dudar lo contactó con Paula y le contó su situación. Pocos días después recibió la buena noticia: podría trasladarse a Mallorca y vivir con Paula en la misma habitación.

Paula esperó a Nerea con bastante ilusión. Afrontar esta difícil situación en compañía le daría los suficientes arrestos para revertir la precariedad en la que vivía. Aun no se había instalado en el piso de Jordi, pero llevaba las maletas para trasladarse ese mismo día con Nerea.

En cuanto llegó al aeropuerto y a pesar de haberla visto solo una vez en su vida, la abrazó con tanta fuerza como si de una hermana se tratara. El abrazo fue correspondido, Nerea también la abrazó como si por medio de ella pudiera alcanzar a todos los que había dejado en Colombia. Paula y Nerea lloraban de alegría, de empatía, de no ser las únicas que estaban pasándolo mal en un lugar lejano y ajeno. Se contaron sus vidas, lo que habían vivido, la gente que habían dejado y lo que había sido, hasta no hace mucho, su vida en Colombia. La conversación entre ellas no tuvo filtros y se volcó en un torrente de sinceridad que fue tanto caótico como catártico.

Después de hablar fueron juntas al piso de Jordi, que las instaló en una pequeña habitación de cama semidoble que ambas compartirían. Aunque aquella incomodidad era una minucia sin importancia, pues aquel día en que Paula y Nerea se conocieron fue para ambas como una bocanada de aire fresco en el que renovaban sus sueños y se prometían el apoyo incondicional que no habían tenido en los meses que llevaban fuera de Colombia.

La primera semana en su nuevo hogar fue tranquila. Jordi, de 54 años, viudo y su hijo Albert de 15 años eran muy amables. Ellas cocinaban y limpiaban el piso para compensar la ayuda que les daban. Seguían en la búsqueda de empleo, pero la situación no cambiaba.

Paula sentía como su temperamento altivo y fuerte se ensombrecía en una inseguridad y un miedo que se alimentaba del fracaso diario por encontrar independencia económica. Nerea parecía encajar mejor la situación, acostumbrada a vivir en la adversidad, no caía en la depresión que estaba viviendo Paula, quien se

negaba a compartir con su familia su situación en España y llevaba peor mantener una estabilidad emocional. Nerea en cambio, llevaba una comunicación más fluida y abierta con su madre, haciéndola participe de su frustración, que en parte mitigaba con la compañía de Paula.

Pasado el mes de vivir en el piso, los buenos tratos de Jordi se fueron desvaneciendo y las amenazas y los gritos llegaron, pero, sobre todo, lo que hizo acto de presencia fueron las miradas lascivas y directas que les hacía, con las que lastimaba el orgullo y la dignidad de las dos mujeres. Un miedo las apresaba ante las insinuaciones que parecían ver en el rostro del casero. Quien peor llevaba la situación era Paula, que cada día parecía deteriorarse emocionalmente más, y no dejaba de llorar cuando contemplaba el panorama que vivía. Nerea intentaba tranquilizarla y recordarle que estaban juntas y saldrían adelante de esta situación. Pero lejos de terminar la pesadilla, no hizo sino empeorar, cuando Jordi verbalizó sus intenciones y sus amenazas, seguir viviendo allí tendría como pago unos favores sexuales por parte de las inquilinas, de lo contrario, habrían de irse inmediatamente.

No tenían a dónde acudir, ni dinero, ni amigos, ni conocidos. Estaban encerradas, presas de un secuestrador que se aprovechaba de su desgracia y que solo quería abusar y trasgredir la poca libertad que les quedaba. El infierno de Paula y Nerea recién comenzaba. Con rabia e impotencia aceptaron las condiciones de su estadía y semanalmente una de las dos tenía que mantener relaciones sexuales con Jordi. Ambas entraron irremediabilmente en un ciclo de vejaciones y malos tratos, vivían juntas una vida miserable y humillante.

Ya no solo estaba deprimida Paula, también Nerea se encontraba en una crisis de nervios. Ambas callaban a sus familiares las vejaciones de las que eran víctimas. Presas de la desesperanza, planearon un día suicidarse juntas tomando una sobredosis de medicamentos del botiquín del piso. Pero incluso eso les negó la vida. Solo consiguieron intoxicarse y vomitar sin ninguna otra consecuencia. Tendrían que buscar otro tipo de desenlace.

La familia y los amigos de Nerea sabían de la necesidad imperiosa que tenían las mujeres por retornar, aunque ignoraban por completo lo que estaban pasando. Por otro lado, Paula no se comunicaba seguido con Alfredo ni con su madre, por miedo a derrumbarse y a que sufrieran por las desgracias que le estaba sucediendo.

Tendrían que buscar ellas mismas una solución al bucle que semana a semana vivían. Lo primero que decidieron es que saldrían de ese lugar, no podían seguir

viviendo en ese infierno, su objetivo ya no sería permanecer en España sino lograr salir, y lo primero, era escapar de ese piso en el que las explotaban física y emocionalmente. Así que en cuanto tuvieron oportunidad y se encontraron solas, hicieron las maletas y salieron de allí. Fueron al piso de Teresa, con quien Paula no había terminado en buenos términos, pero que al escuchar lo que estaban pasando las dos mujeres, no pudo más que compadecerse de su situación y ayudarles. Lograron encontrar un albergue social que les permitió vivir con más tranquilidad y por medio de conocidos de Teresa se enteraron de un programa para retornar a su país, del cual fueron beneficiarias.

Después de casi siete meses para Paula y seis meses para Nerea en España, las dos mujeres volvieron a Colombia y cerraron el ciclo de desventura que ambas vivieron en España.

Paula y Alfredo se reencontraron y se instalaron en Villavicencio, ella vendiendo artesanías en la calle y él como operario en una pequeña fábrica de zapatos, que les permitía comenzar de nuevo y olvidar todas las formas de violencia y transgresión de las que fueron víctimas. Lo que más deseaban era olvidar y volver a la época en que fueron felices. Sin embargo, las marcas que han dejado toda esta experiencia en Paula han calado en su temperamento, la altivez y la ilusión que la caracterizaban dejaron paso a un temperamento taciturno y melancólico.

En cuanto a Nerea, se reencontró con su madre y con sus dos hijos, con la esperanza de dejar atrás los abusos que la obligó a irse de Colombia y que también, paradójicamente, la obligaron a retornar. En ese aspecto, parece que las cosas han mejorado, pues Néstor tiene nueva pareja y ha dejado su obsesión enfermiza por Nerea, quien ha retomado su trabajo como auxiliar de farmacia y trata cada domingo en la tienda de su barrio, de revivir los buenos momentos que pasaba con sus amigas, pero con la compañía ahora de Paula, con la que quiere construir nuevos recuerdos, de risas y bromas, de momentos buenos, que, con el tiempo, destierren y dejen en el olvido la pesadilla que ambas vivieron.

